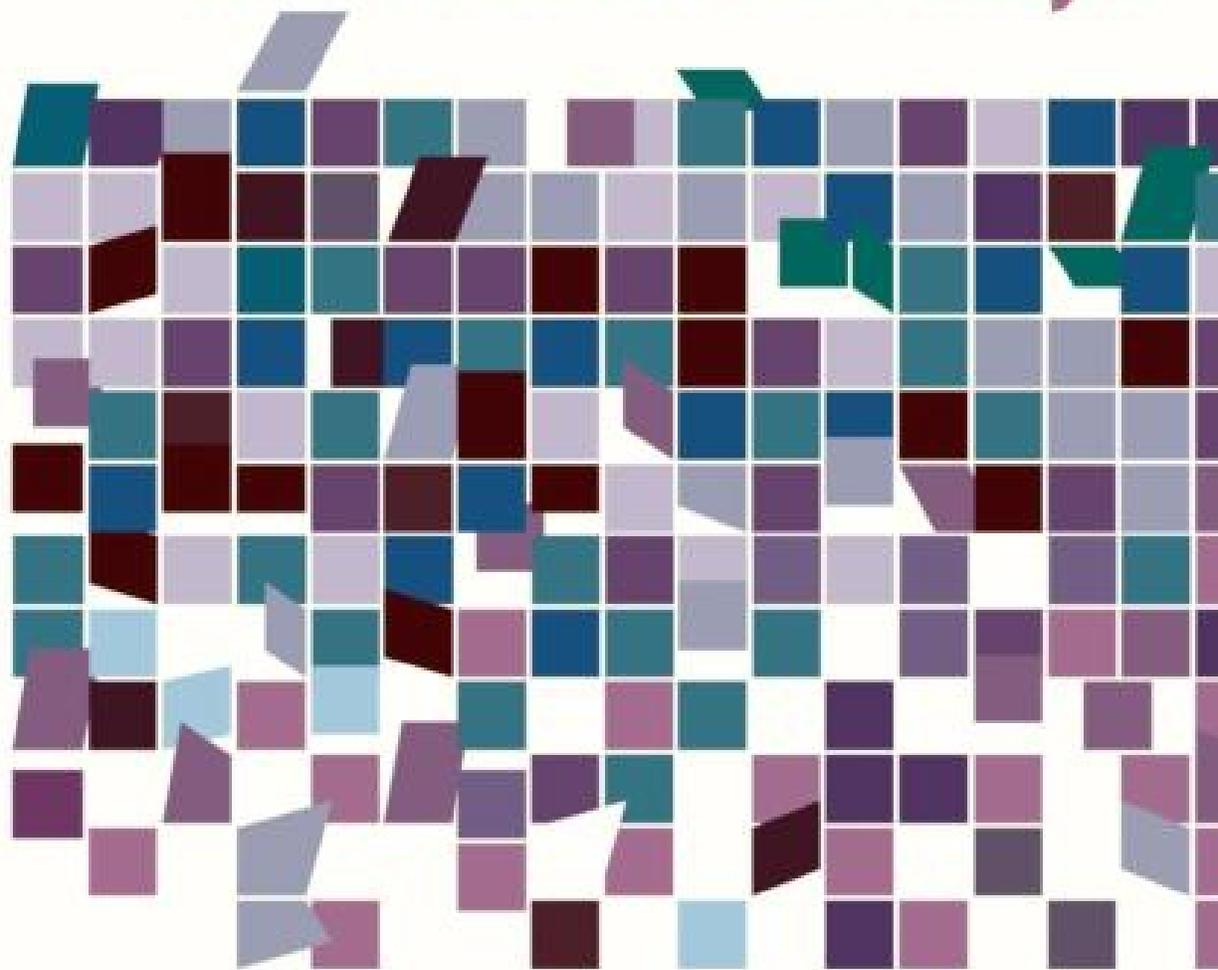


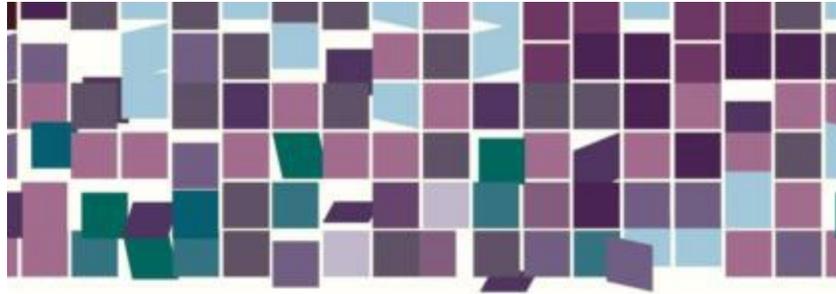


El Padrenuestro explicado con sencillez

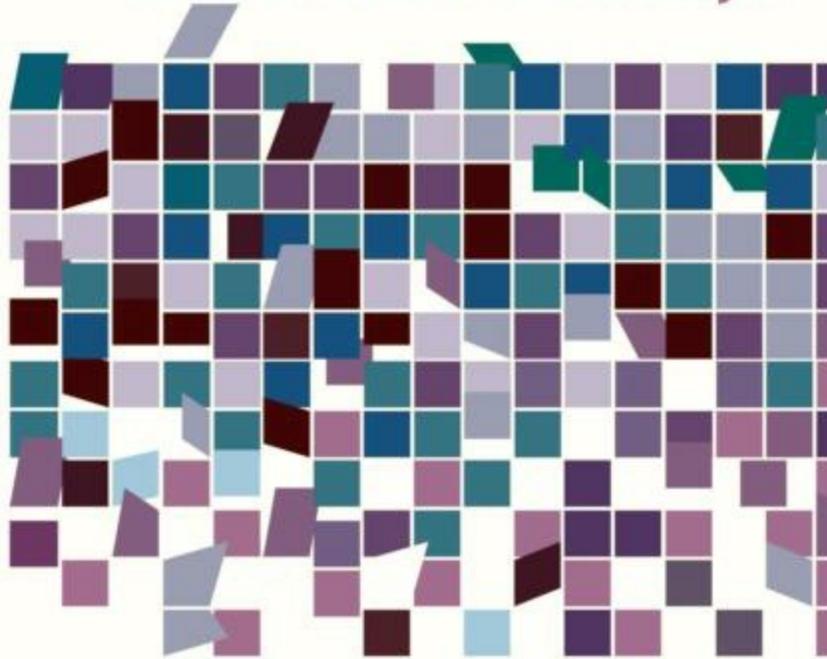
Luis González-Carvajal



Sal Terrae



El Padrenuestro
explicado con sencillez
Luis González-Carvajal



Sal Terrae

El Padrenuestro explicado con sencillez

Colección «ALCANCE»

58

Luis González-Carvajal Santabárbara

El Padrenuestro explicado con sencillez

Editorial SAL TERRAE
Santander – 2009

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal).

© 2009 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Tfno.: 942 369 198 / Fax: 942 369 202
salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

Diseño de cubierta:
María Pérez-Aguilera
mariap.aguilera@gmail.com

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 978-84-293-1808-1
Dep. Legal: BI-578-09

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)

ÍNDICE

Introducción

1. El Padrenuestro, compendio del Evangelio

«Señor, enséñanos a orar»

El Padrenuestro, carné de identidad del cristiano

El Padrenuestro, oración de oraciones

2. Cuando oréis, decid: «Padre...»

El regalo de llamar «Padre» a Dios

Actuemos como hijos

Dios también es madre

3. «.estro...»

La oración que destierra el individualismo

La fraternidad es difícil

Tres niveles de fraternidad

4. «Que estás en el cielo»

Tenemos psicología de diosecillos

Dios es la fuerza de nuestra fuerza

Los planes de Dios y nuestros planes

5. «Santificado sea tu nombre»

En el pasado hemos profanado el nombre de Dios

Hoy debemos restituirle su luminosidad

Tenemos obligación de ser felices

6. «Venga a nosotros tu Reino»

El Reino de Dios debe ser objeto de experiencia

El Reino es objeto de esperanza

Permanecer fieles a la tierra

7. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»

La voluntad divina es de dos clases

Voluntad antecedente

Voluntad consiguiente

Evangelizar la oración de súplica

8. «Danos hoy nuestro pan de cada día» (I)

Una traducción discutida

Asombro y agradecimiento ante lo ordinario

Necesidad de limitar nuestros deseos

Pedimos el pan para compartir

9. «Danos hoy nuestro pan de cada día» (II)

Hambre de Dios

El pan de la Eucaristía

La Palabra de Dios

Anorexia espiritual

10. «Perdónanos como nosotros perdonamos»

Nuestro pertinaz narcisismo

El Evangelio dentro del Evangelio

Dios nos perdonará como nosotros perdonemos

Una exigencia central en el cristianismo

11. «No nos dejes caer en la tentación»

El grito de nuestra flaqueza

Utilidad de las tentaciones

Tentaciones que no parecen tales

12. «Y líbranos del mal»

Libranos del mal

Libranos del malo

13. «Amén»

El atrevimiento de decir «Amén» al Padrenuestro

El Padrenuestro no agota la oración cristiana, pero la ilumina siempre

De la oración vocal a la meditación

Condiciones para dominar el arte de la oración

INTRODUCCIÓN

SI quiero ser sincero debo decir que yo nunca tuve intención de publicar un libro sobre el Padrenuestro porque hay ya muchos en el mercado y muy buenos. Éste que el lector tiene en sus manos ha surgido sin proponérmelo.

Respondiendo a una petición de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), entre el 16 de mayo de 2008 y el 15 de enero de 2009 fui publicando quincenalmente en la revista «Noticias Obreras» unos comentarios a la oración dominical. Los leyó el P.Gregorio de Pablos, si, pensó que merecía la pena reunirlos en un pequeño libro, se lo propuso a sus compañeros de la Editorial Sal Terrae y... aquí están, tratando de superar la existencia inevitablemente efímera que permite la hospitalidad de una publicación periódica. Los lectores decidirán si les conceden una vida larga o no.

Después de pensarlo un poco he decidido mantenerlos como aparecieron en «Noticias Obreras» - brevísimos y sin notas a pie de página-, porque mi intención es alimentar no tanto la inteligencia como la experiencia creyente. Me he limitado a añadir esta Introducción y un último capítulo titulado «Amén».

Peter Wust - filósofo de orientación agustiniana y catedrático de la Universidad de Münster-, al despedirse de sus alumnos en su última clase, les dijo: «Y si ustedes me preguntasen, antes de irme definitivamente, si conozco alguna clave mágica que pueda abrirle a uno la puerta última que conduce a la sabiduría de la vida, a la bienaventuranza, yo les contestaría que sí. Y esta clave mágica no es la reflexión, como tal vez esperasen oír de un filósofo, sino la oración».

La oración ocupa un lugar central en la vida de los creyentes. Es su alma y su aliento. Cuando la oración enmudece en la vida de una persona podemos asegurar que la fe ha desaparecido de ella. Por eso llevaba razón santa Teresa cuando decía que la oración es cuestión de vida o muerte para el cristiano, y que no hay más solución para la falta de oración que ponerse de nuevo a rezar.

La oración debe ser diaria. Un día sólo está equilibrado cuando nuestra dedicación al trabajo - incluso si se trata del trabajo apostólico- deja tiempo para el cultivo de la propia persona, para la relación con los demás y para el desarrollo de esa interioridad en la que experimentamos la presencia de Dios. No es positivo para la vida espiritual eliminar el ritmo diario de la oración debido a la escasez de tiempo e intentar compensarlo con momentos más largos semanales o mensuales. La experiencia dice que eso va atrofiando las facultades espirituales y hace cada vez más difícil la oración.

Este libro pretende que aprendamos a rezar mejor el Padrenuestro, la única oración que nos enseñó Jesús. Es una de las oraciones más conocidas y repetidas. Los cristianos llevamos rezándolo dos mil años, y podemos asegurar que quienes vivan dentro de otros dos mil seguirán todavía rezándolo, quizás en lenguas que todavía no existen.

En la primitiva Iglesia la iniciación al Padrenuestro ocupaba un lugar muy importante en la preparación para el bautismo. Esta preparación, en efecto, comportaba una triple iniciación:

-Una iniciación a las verdades de la fe, enseñando el Credo.

-Una iniciación a la vida cristiana, explicando la moral.

-Y una iniciación a la oración, comentando el Padrenuestro.

Por desgracia, a nosotros nadie nos inició en el rezo del Padrenuestro. Simplemente, hicieron que lo aprendiéramos de memoria y, desde entonces, lo hemos repetido una y otra vez. Los recuerdos de nuestra infancia están muy asociados a los Padrenuestrs (así, en plural, porque lo que predominaba era, sobre todo, la cantidad). La Didajé - un escrito del siglo 1, contemporáneo de los libros más tardíos del Nuevo Testamento - aconsejaba rezar tres veces al día el Padrenuestro, pero nosotros lo hacíamos con mucha más frecuencia: cinco veces cuando rezábamos el rosario (además añadíamos otro «por las intenciones del Romano Pontífice»), otras cinco veces cuando hacíamos la visita al Santísimo; lo rezábamos también para ganar la indulgencia plenaria y cuando orábamos por las ánimas del purgatorio; la penitencia de nuestras confesiones solía ser a base de Padrenuestrs, etc. etc.

En mi opinión eran demasiados Padrenuestrs; muchas veces sin venir siquiera a cuento. Unamuno ya comentaba en sus Recuerdos de niñez y mocedad: «Sorprendente eso de rezar Padrenuestrs a san José, diciéndole: "Padre nuestro, que estás en los cielos" y lo demás que se enseñó para decírselo a Dios Padre». Y me pregunto quién sería el confesor insensato que, por primera vez, impuso como penitencia a un pecador decir un Padrenuestro. Merece un par de palos eso de convertir el Padrenuestro en una penitencia.

El caso es que, todavía hoy, seguimos añadiendo Padrenuestrs. ¿Cuántos habremos rezado a lo largo de nuestra vida? Imposible calcularlo. Son miles y miles. Mucho me temo que hemos atravesado con creces ese umbral a partir del cual la excesiva repetición engendra rutina. ¿Se aburrirá también Dios oyéndonoslo repetir rutinariamente? Estamos ante una oración que no debe rezarse con ligereza. Nada me extrañaría que, después de reflexionar en las páginas siguientes sobre las peticiones de la oración dominical, descubramos que no habíamos entendido del todo lo que llevamos tantos años repitiendo, e incluso que hasta ahora no hemos rezado con suficiente seriedad un solo

Padrenuestro.

Observará el lector que la explicación de cada petición es llamativamente breve. Eran muy breves en la revista «Noticias Obreras» y las he mantenido así porque no pretendo en absoluto decir todo lo que podría decirse, sino únicamente facilitar a los lectores una meditación personal a partir de lo que vayan leyendo. El 18 de abril de 1659, san Vicente de Paúl - sin tiempo para terminar una meditación que estaba dirigiendo a sus misioneros - concluyó con estas palabras: «Dios os dirá lo restante en la oración de mañana, en la que escucharéis su lenguaje mucho mejor que el mío». Ésa es también mi convicción. Lo fundamental no es lo que está escrito en estas páginas, sino lo que mediten los lectores a partir de ellas.

Durante la meditación hablará a cada uno el Espíritu Santo, que es, con palabras de san Agustín, el maestro interior que hace eficaz en los cristianos las palabras que leen en las Escrituras o escuchan a los predicadores: «El sonido de nuestras palabras hiere el oído - decía en un sermón-, pero el maestro está dentro. No penséis que alguno aprende algo del hombre. Podemos llamar la atención con el ruido de nuestra voz; pero si dentro no está Él para enseñar, vano es nuestro sonido. Hermanos, ¿queréis daros cuenta de esto que digo? ¿Acaso no oísteis todos este sermón? ¡Cuántos saldrán de aquí sin instruirse! Por lo que a mí toca, a todos hablé; pero aquellos a quienes no habla aquella unción, a quienes el Espíritu Santo no enseña interiormente, salen sin instrucción. El magisterio externo consiste en ciertas ayudas y avisos. Quien instruye los corazones tiene la cátedra en el cielo; (...) en balde voceamos nosotros si no os habla interiormente Aquel que os creó, os redimió, os llamó y habita en vosotros por la fe y el Espíritu Santo».

Por eso, este libro no es para leerlo de un tirón - algo que, dada su brevedad, requeriría muy poco tiempo-, sino para meditar cada día a partir de alguno de sus capítulos, e incluso, de cada apartado.

Lo haremos esperando confiadamente que Dios se nos manifieste mientras meditamos. La razón de ser de esos ratos de meditación está muy bien expresada en un conocido cuento de Anthony de Mello:

«- ¿Hay algo que yo pueda hacer para llegar a la iluminación?

-Tan poco como lo que puedes hacer para que amanezca por las mañanas.

-Entonces, ¿para qué valen los ejercicios espirituales que tú mismo recomiendas?

-Para estar seguro de que no estarás dormido cuando el sol comience a salir».

Por eso, si sacamos alguna luz meditando a partir de lo que aquí está apenas esbozado, no lo atribuiremos a nuestro esfuerzo. Reconoceremos que es un regalo que Dios nos hace y se lo agradeceremos con toda el alma. Nosotros todo lo que intentaremos es procurar estar bien despiertos en los momentos que Él tenga a bien hablarnos.

Despiertos... y con espíritu sencillo. León Felipe nos explicó cómo debemos hablar con Dios:

«– Aquí en el cielo no hay retórica, ¿verdad?,
le pregunto a un ángel amigo mío.
Todos los ángeles son amigos míos,
pero a éste no le había visto nunca.
Él ya me conocía,
sabía mi nombre y mi mote.
Pero me dijo: No, amigo,
aquí todos hablan con voz natural.

Nadie engola la voz.
Aquí no hay tenores, ni falsete,
ni retórica, ni hipérbaton.
A Quevedo y a Góngora
los hemos mandado al Olimpo.
Sencillez, claridad,
es lo que aquí se estila:
la voz es lo que Dios cuida más.

– Pero, si Dios no habla nunca.
Yo le he llamado muchas veces,
y nunca me contesta.
– Porque no le hablas con la voz que a Él le
gusta.

Tú gritas mucho,
y a Dios, como a los mexicanos,
no les gusta que les hablen “golpeando”.
Modérate, modérate, amigo,
y habla más bajo.
– Esto me enseña
que debo ir aprendiendo
cómo se habla con Dios».

EL PADRENUESTRO, COMPENDIO DEL EVANGELIO

EN la antigüedad comentaron el Padrenuestro no menos de veinte Padres de la Iglesia, y en varios casos más de una vez. El récord de comentarios lo ostenta san Agustín (siete veces). Según Tertuliano - que publicó el primero de esos comentarios-, esta oración es *breviarium totius evangelii*: «el compendio de todo el Evangelio». Por eso, en la Iglesia primitiva formaba parte de las realidades secretas de la fe cristiana que estaban protegidas por la «ley del arcano». Como es sabido, arcano viene del verbo *arceo*, que significa «encerrar», «tener alejado del público». Recordando que Jesús había dicho: «No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen» (Mt 7,6), los primeros cristianos mantenían en secreto los misterios más santos de la fe para no exponerlos a la profanación por parte de los paganos.

El miércoles de la cuarta semana de cuaresma, cuando estaban terminándose ya las catequesis de preparación para recibir el bautismo, los catequistas entregaban a los catecúmenos el Padrenuestro. Según dice Tertuliano, éstos guardaban como un tesoro la oración que les acababan de enseñar, esperando impacientes el momento en que, al salir del agua del bautismo, en presencia de los hermanos y de la Madre (la Iglesia), elevando los brazos al cielo, pudieran exclamar por primera vez: «¡Padre!», haciéndose así reconocer por todos como nuevos hijos de Dios.

«Señor, enséñanos a orar»

San Lucas nos ha explicado cómo surgió el Padrenuestro: «Sucedió que, estando él (Jesús) orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: "Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos". Él respondió: "Cuando oréis, decid..."» (Lc 11,1).

En esa escena aparece un elemento fundamental de la pedagogía de la oración. Jesús no se pasó la vida exhortando a los demás para que hicieran oración. Simplemente, él rezaba. Y cuando regresaba, luminoso, radiante, renovado, los apóstoles se preguntaban: «¿De dónde viene? ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo habrá conseguido esa serenidad?». Alguno contestaría: «Ha estado rezando». Y entonces se decían: «¡Ah, si nosotros supiéramos orar como Él! ¡Qué pena que nadie nos haya enseñado a rezar así!». Por fin, un día se atrevieron a pedirle: «Señor, enséñanos a orar, como Juan Bautista

enseñó a sus discípulos».

Yo me he preguntado a veces si ante la respuesta que dio Jesús a sus discípulos cuando le pidieron que les enseñara a orar no se sentirían algo decepcionados: ningún consejo para orar bien, ninguna técnica, ningún secreto... Sin duda, ante una petición semejante, un gurú oriental habría ofrecido meticulosas instrucciones acerca de la dieta, la postura, la respiración y los métodos de concentración; en definitiva, un método para hacer oración.

Jesús, en cambio, se limitó a explicar qué cosas hemos de pedir. Pienso que si no dijo nada respecto a esas otras cuestiones fue porque quiso dejar a su Iglesia y a los maestros espirituales la tarea de iniciar en la oración de acuerdo con la diversidad de los tiempos, lugares, mentalidades y temperamentos.

De acuerdo con la respuesta de Jesús, nosotros tampoco entraremos en todas esas cuestiones.

El Padrenuestro, carné de identidad del cristiano

Notemos un detalle importante. Los discípulos no piden a Jesús que les enseñe a orar sin más. Lo que le piden es que les enseñe a orar como Juan Bautista enseñó a sus discípulos. En tiempos de Jesús cada grupo se distinguía por una forma propia de rezar. No debe extrañarnos. Si la oración es, en definitiva, relación con ese Otro que llamamos Dios, nuestra forma de rezar dependerá de la concepción que tengamos de Dios. El refrán «dime con quién andas y te diré quién eres» podría parodiarse así: «Dime cómo rezas y te diré en qué Dios crees».

Pues bien, los discípulos piden a Jesús una fórmula oracional que refleje su ser específico, la identidad del discipulado en el que se han embarcado.

El evangelio de Mateo se distingue del de Lucas por situar la enseñanza del Padrenuestro en otro contexto: Lo coloca en el centro del Sermón de la Montaña (capítulos 5-7). Sin embargo, el significado de esa diferente ubicación es idéntico al de Lucas, porque es precisamente en el Sermón de la Montaña donde Cristo desarrolla las características de la nueva vida que debe distinguir a los llamados a formar parte del Reino de Dios.

Así, pues, tanto para Mateo como para Lucas, el Padrenuestro es como «el carné de identidad» de los cristianos. Ya dijimos que en la Iglesia primitiva el Padrenuestro, lo mismo que la eucaristía, estaba custodiado por la ley del arcano. Sólo se daba a conocer

a los ya iniciados en el misterio cristiano; era confiado únicamente a quienes iban a recibir las aguas bautismales, no a los de fuera.

La comprensión del Padrenuestro como oración distintiva de los cristianos explica esa prescripción de la Didajé a la que nos referíamos más arriba que mandaba rezar el Padrenuestro tres veces al día: El Padrenuestro debía sustituir a la oración judía lema - «Escucha, Israel...»-, que los judíos rezaban tres veces al día. Todavía hoy la liturgia de la Iglesia nos pide rezar tres veces al día el Padrenuestro: en laudes, en vísperas y en la eucaristía.

Antes de meditar en los siguientes capítulos sobre cada una de las peticiones, hagamos un alto en el camino, como el viajero que se detiene en un montículo para tener una visión panorámica de la ciudad que después visitará calle por calle.

El Padrenuestro, oración de oraciones

Aunque parezca raro, el Padrenuestro no aparece ni en el Segundo ni en el Cuarto Evangelio. Como ya hemos dicho, nos lo han transmitido solamente Mateo (6,9-13) y Lucas (11,2-4). Ambas versiones son sustancialmente iguales, pero existen pequeñas diferencias. Hoy está descartado que esas diferencias vengan del propio Jesús, que lo habría enseñado en dos ocasiones distintas con algunas variantes. El texto de Mateo es algo más largo que el de Lucas. Como nadie se habría atrevido a mutilar una enseñanza del Maestro tan fundamental como ésta, debemos suponer que es Lucas quien nos transmite la versión más original. Mateo se permitió ampliarla - añadiendo a las peticiones originales otras palabras de Jesús - pensando sin duda aclarar así el texto. No obstante, como la Iglesia ha preferido desde los tiempos más remotos orar con la versión de Mateo - la encontramos ya en la Didajé con alguna ligerísima variante-, nosotros vamos a seguirla en este comentario.

Incluso la versión del Primer Evangelio, a pesar de ser un poco más larga, es llamativamente breve. Inmediatamente antes de enseñárselo a quienes le seguían, Jesús había rechazado como costumbre pagana la charlatanería en la oración y el exceso de palabras: «Cuando recéis, no seáis palabreros, como los paganos...» (Mt 6,7).

Las peticiones del Padrenuestro aparecen claramente divididas en dos grupos. El primero de ellos se caracteriza por la repetición de la palabra «tu» (tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad) y el segundo por la repetición de la palabra «nos» (danos, perdónanos, líbranos). De esto no debemos concluir que la primera parte del Padrenuestro esté consagrada a los intereses de Dios y la segunda parte a nuestros intereses: A partir de la encarnación es evidente que la causa de Dios es también nuestra causa.

Es, sin embargo, muy significativo que vayan en primer lugar esas tres peticiones que, bajo fórmulas distintas, piden el advenimiento del reino de Dios. Una de forma expresa: «Venga a nosotros tu Reino». Las otras dos de forma indirecta. En efecto, cuando los hombres y mujeres de todos los pueblos alaben al Señor y santifiquen su nombre, habrá llegado el Reino a su plenitud. Por otra parte, el reinado de alguien es efectivo allá donde se cumple de hecho su voluntad; por tanto, cuando la voluntad de Dios se haga en la tierra con la misma prontitud y alegría que se hace ya en el cielo querrá decir igualmente que el Reino ha llegado a su plenitud.

Sólo después de esas tres peticiones relativas al Reino de Dios vienen las peticiones relativas a nuestras necesidades - y bien austeras, por cierto-. Ese orden responde a la exhortación de Jesús: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6,33). ¡Antes que nada el Reino de Dios; luego lo demás! Esa ordenación es justamente la que aparece en la estructura del Padrenuestro.

Decía santo Tomás de Aquino que «la oración dominical es perfectísima», porque en ella «no sólo se piden las cosas que podemos desear lícitamente, sino también en el orden que deben ser deseadas».

Por eso, cuando hayamos meditado suficientemente sobre el Padrenuestro, habremos aprendido también cómo orar más allá del Padrenuestro.

2

CUANDO ORÉIS, DECID: «PADRE...»

Lo primero es saber a quién rezamos. No es lo mismo hablar con un sargento de caballería, con un juez de la Audiencia Nacional... o con un padre. Esta palabra inicial es imprescindible para dar el sentido correcto a la oración entera. Pensemos, por ejemplo, a qué desviaciones podrían llevar peticiones como «hágase tu voluntad» o «venga a nosotros tu reino» si olvidáramos que la voluntad que deseamos realizada y el reino que queremos definitivamente establecido son los de un padre, y no los de un tirano oriental.

El regalo de llamar «Padre» a Dios

En los pueblos antiguos era frecuente llamar «Padre» a Dios, pero atribuyendo un sentido mítico a esa palabra. Los dioses eran considerados como los antepasados remotos de los hombres. Seguramente para tomar distancias frente a esa práctica, los judíos solían llamar «padre» a Abraham y, en general, a los patriarcas, pero no a Dios.

En cambio Jesús siempre le llamaba así: En los evangelios aparece la palabra «Padre» al menos 170 veces en sus oraciones. Y esto debió resultar tan inaudito (en el sentido etimológico de la palabra: «lo no oído») que Marcos (14,36), a pesar de escribir su evangelio en griego, ha conservado la palabra aramea original utilizada por Jesús: 'Abbá, palabra que puede traducirse al castellano tanto por «padre» como por «papá» (en arameo no había, como entre nosotros, dos palabras distintas para dirigirse al padre).

En el Antiguo Testamento predomina la imagen de un Dios terrible al que se tenía miedo. Podía destruir Sodoma y Gomorra como castigo. Jesús, como los demás niños judíos, aprendió en la escuela rabínica a taparse la cara con las manos cada vez que aparecía en el libro de la Ley el nombre de Dios. Podemos imaginar el asombro de María, su madre, cuando oyera a su hijo Jesús llamar al Señor de cielo y tierra con la misma palabra que empleaba cualquier niño judío para dirigirse a su padre.

Jesús utilizaba el 'Abbá con todo derecho, porque era el Hijo eterno del Padre eterno. Sin embargo, al decirnos cómo debíamos rezar, nos autorizó a llamarle así también nosotros. Muchos no son conscientes de la gran familiaridad que revela poder llamar «Padre» a Dios; se han acostumbrado a hacerlo y no le dan importancia. Necesitaríamos convivir con los musulmanes (por ejemplo) para recuperar el asombro y, con él, el agradecimiento. De hecho, las antiguas liturgias se dieron cuenta de la

grandeza del regalo cuando preludian la oración dominical con el «nos atrevemos a decir».

Céline, hermana de santa Teresa del Niño Jesús entró un día en la celda de ésta y quedó impresionada por su expresión de enorme recogimiento. Cosía con fruición y, sin embargo, parecía perdida en una profunda contemplación. «¿En qué piensas?», preguntó. Ella respondió: «Medito sobre el Padrenuestro. ¡Es tan dulce llamar a Dios nuestro Padre!». Y unas lágrimas brillaron en sus ojos. ¡Teresa del Niño Jesús sabía cultivar el asombro!

Quizás un niño que en su casa sufra malos tratos al oír decir que Dios es Padre pensará: «Pues estamos apañados. ¡Como si no tuviéramos bastante con uno!». Recordemos, por ejemplo, la famosísima carta de Kafka a su padre: «Querido padre, una vez me preguntaste por qué te tenía tanto miedo y, como de costumbre, no supe contestarte, precisamente por el miedo que me infundes. Cuando era pequeño me aterraba oírte decir: "Voy a aplastarte como si fueras un pez", porque te creía capaz de hacerlo. Yo conservaba la vida por tu clemencia...». Pensad por un momento qué resonancias suscitaría en Kafka oír decir que Dios es Padre.

Sin embargo, todos podríamos recordar mil ejemplos concretos en los que el símbolo paterno - liberado de deformaciones patológicas como las que conoció Kafka - hace pensar en el don de la vida, estímulo para crecer y, sobre todo, amor incondicional. Pues bien, aun cuando esos testimonios de amor humano sean insustituibles para intuir un poco cómo será Dios, necesitamos decir que Él es mucho mejor que cualquier padre de la tierra (cf. Mt 7,11). Al llamar Padre a Dios desde el fondo del corazón descubrimos que es Alguien que nos ama y nos esperará ansioso si algún día nos alejáramos de Él, como muestra la parábola del Hijo Pródigo (Lc 15,11-32).

Actuemos como hijos

Los santos Padres (san Clemente de Alejandría, san Basilio el Grande, san Gregorio Nacianceno, etc.) distinguían tres estilos de relación con Dios:

Unos lo hacen como si fueran esclavos suyos, y tratan de complacerle por miedo a ser castigados. Esto es impropio del cristiano. Decía san Pablo: «Mirad, no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un Espíritu de hijos adoptivos que nos permite gritar: ¡'Abbá! ¡Padre!» (Rm 8,15).

Otros, en sus relaciones con Dios, tienen espíritu de comerciantes; obran bien buscando la recompensa y llevan cuidadosa contabilidad de sus buenas obras.

El único estilo correcto entre los cristianos es el de los hijos que obran bien movidos sólo por el amor y el deseo de complacer a sus padres. ¿Recordáis todavía aquel famoso soneto: «No me mueve, mi Dios, para quererte / el cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte...»?

En el pasado los hijos imitaban a sus padres heredando incluso su profesión. Por eso, Pablo dice: «Sed imitadores de Dios como hijos queridos» (Ef 5,1). Y el Sermón de la Montaña nos invita reiteradamente a parecernos a nuestro Padre: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? (...) Vosotros sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,43-48). Llamar «Padre» a Dios cuando rezamos el Padrenuestro debe recordarnos que estamos llamados a una imitación tan «imposible» como necesaria.

Dios también es madre

Para referirnos a Dios las palabras se quedan necesariamente cortas. ¿Por qué llamarle «padre» y no «madre»? Muchos valores de la relación personal no los hemos aprendido de nuestro padre, sino de nuestra madre. ¿No podríamos rezar también «Madre nuestra, que estás en los cielos...»?

Naturalmente, Dios no es varón ni mujer. Por desgracia, hemos dado a entender que es «masculino» y más a imagen del varón que de la mujer. Así, de manera sutil, el tratamiento de Padre ha contribuido a consolidar la dominación masculina en la Iglesia y en la sociedad.

Podemos estar seguros de que si, en lugar de una mentalidad patriarcal, Israel hubiese tenido una cultura matriarcal, habría recurrido a la imagen de la madre, en lugar de la del padre, para expresar el amor y la ternura de Dios. Y nada habría que objetar. Cuando Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza los creó varón y mujer (cf. Gn 1,27). Y, si la mujer es imagen de Dios tanto como el varón, igual de legítimo es invocar a Dios como «Madre» que como «Padre».

De hecho, a pesar de que el antiguo Israel era una sociedad profundamente patriarcal, el Primer Testamento tiene ya atisbos de una concepción maternal de Dios. Oseas (11,1-8), por ejemplo, describe a un Dios que «toma en brazos» a su pueblo, que «lo alza contra su mejilla», que «se inclina para darle de comer...». Y, a través del Segundo Isaías, Dios pregunta: «¿Puede olvidarse una madre de su niño de pecho, dejar

de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella llegara a olvidar, yo no te olvidaré» (Is 49,15; cf. 66,13).

D. Antonio González Fraile me ha contado un testimonio del Dr. Villacián, ex director del psiquiátrico de Valladolid, que ayuda a interiorizar la comparación del Segundo Isaías. Cuando los pacientes pasaban muchos años internados y la enfermedad se hacía incurable, el marido, los hijos, los hermanos, el padre, terminaban olvidándolos; al final no recibían ni visitas ni cartas. En cambio las madres nunca les fallaban, por muchos años que pasaran. En cierta ocasión ingresó un joven que, debido a su enajenación mental, había cometido un homicidio. A los cuatro años murió el padre y poco después el único hermano que tenía. Quedó en el pueblo la madre, sola y sin dinero. Ir a verle hasta Valladolid, antes de 1936, costaba ocho pesetas y sólo podía pagarlas cada seis meses. Aquella mujer, que no sabía leer ni escribir, aprendió a hacerlo a sus sesenta años para poder comunicarse más a menudo con su hijo. Su primera carta comenzaba así: «Querido hijo: No te me separas del pensamiento...».

Pues bien, así aman las madres. Podrán estar ocupadas en esto o aquello, pero su pensamiento siempre está en el hijo en desgracia. Y en lo sucesivo recemos el Padrenuestro recordando que, como dijo Juan Pablo 1, «Dios es Padre, más aún, es Madre».

3

«...NUESTRO...»

La oración que destierra el individualismo

AL pronunciar la palabra «nuestro» pasamos inadvertidamente de la dimensión vertical hijo- Padre, que veíamos en el número anterior, a la horizontal de fraternidad. Debemos caer en la cuenta de que rezamos en plural el Padrenuestro incluso cuando estamos solos. Y es que quien llama «Padre» a Dios está descubriendo en ese mismo momento que tiene un montón de «hermanos»; ya nunca se presentará solo ante el Padre ni podrá eludir el interrogatorio de Dios a Caín: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9).

Recordemos que, según lo dicho en el primer capítulo, el Padrenuestro pone de manifiesto la identidad del cristiano. Al rezarlo nos recordamos a nosotros mismos que el intimismo, la privatización de la fe, es una gravísima deformación del cristianismo.

Es muy significativo el diálogo que tiene lugar en la parábola del hijo pródigo entre el padre y su hijo mayor. Éste se lamenta: «Ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas...» (Lc 15,30); es decir, toma distancias con respecto a su hermano endilgándose al Padre («ese hijo tuyo...»). Pero el padre se lo devuelve: «Este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado» (Lc 15,32). Como diciendo: Si éste no fuera tu hermano, yo no sería tu padre, porque desde luego es hijo mío.

En el momento en que decimos «Padre nuestro» deben caer las paredes de nuestras capillitas, porque solamente las dimensiones del mundo entero son válidas para recibir esas palabras. En efecto. Hay seis mil millones y medio de seres humanos en la tierra, Pero no hay uno solo con el que yo no esté en comunión cuando digo: Padre nuestro. «Nuestro»: no mío, ni de mi tribu o nación. «Nuestro»: de los niños de Sierra Leona, de los mil millones de chinos y del vecino antipático del piso de arriba.

La fraternidad es difícil

Desgraciadamente, una de las afirmaciones más tristes que podemos hacer sobre la humanidad actual es que no vivimos como hermanos. Tenemos computadoras, somos inteligentes, avanzamos en el dominio de la naturaleza... pero no vivimos como

hermanos. Nuestra experiencia cotidiana no es la del Salmo 133 («¡qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos...!»), sino una trágica ruptura de la fraternidad: la limpieza étnica de los Balcanes, los fundamentalismos belicistas de Bin Laden y de Bush, las mujeres inmigrantes obligadas a prostituirse, los niños de la calle de América Latina, los ancianos europeos sin cariño...

En una entrevista concedida poco antes de morir, Sartre observó que, del famoso lema de la Revolución Francesa - «libertad, igualdad y fraternidad»-, la fraternidad ha resultado ser la aspiración más difícil de hacer realidad. No debería extrañarnos, porque la fraternidad es de distinto orden que la libertad y la igualdad. Mientras éstas pueden ser garantizadas por las leyes, la fraternidad es algo mucho más radical y profundo que no podrá asegurar ninguna ley del mundo. Los hermanos no son algo que podamos alcanzar con nuestras propias fuerzas, sino algo que recibimos gratuitamente de nuestros padres. Y, naturalmente, para eso hace falta primero tener padres.

El fracaso de la fraternidad se debe a que resulta imposible cuando no existe una conciencia viva de tener un mismo padre. De hecho, la fraternidad brota de sabernos todos hijos del Padre celestial: «¿No tenemos todos nosotros un mismo Padre? - preguntaba el profeta Malaquías (2,10)-. ¿No nos ha creado el mismo Dios? ¿Por qué nos traicionamos los unos a los otros?».

Tres niveles de fraternidad

Existen, sin embargo, niveles distintos en la vivencia de la fraternidad. Jesús no solía dar el título de «hermanos» indiscriminadamente a todos los seres humanos; lo reservaba para «aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 8,19-21). Sólo en el discurso del juicio final (Mt 25,31-46) extiende el concepto de hermanos suyos a todos los despreciados, sin conexión con la fe.

Podríamos decir que vivimos la fraternidad en sucesivos círculos concéntricos: en primer lugar, con la máxima intensidad, en la pequeña comunidad cristiana a la que pertenecemos cada uno; después, con un poco menos de intensidad, en el conjunto de la Iglesia y, por último, en la humanidad entera. Así se desprende de Ga 6,10: «Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe». La Primera Carta de Pedro (2,17) dice en términos muy parecidos: «Honrad a todos, amad a los hermanos» (1 Pe 2,17).

Alguien objetará quizás que, frente a la gran fraternidad universal de la razón de los estoicos, resulta pobre la afirmación de que la fraternidad debe ser más intensa entre quienes comulgan con nosotros en la misma fe que con «los de fuera». Sin embargo,

hasta por razones psicológicas no debería extrañarnos que la vivencia de la fraternidad exija distintos niveles de intensidad. Nadie puede amar con amor personal e íntimo a la vez a los seis mil millones y medio de seres humanos que hay en el mundo. Para que no sea algo etéreo, la fraternidad debe concretarse en pequeñas comunidades. A medida que el círculo se va haciendo más amplio la vivencia de la fraternidad pierde necesariamente vigor.

Así, pues, los lazos fraternos más intensos deben darse en el equipo de militantes o en la comunidad cristiana de base. De hecho, un estudio reciente de Michel Dujarier ha puesto de manifiesto que durante los tres primeros siglos de la era cristiana la palabra «fraternidad» no designaba una virtud, como entre nosotros, sino una pequeña comunidad, como ocurre hoy todavía entre los franciscanos/as y los hermanitos/as de Jesús.

En esas pequeñas comunidades puede muy bien ocurrir que quienes ayudan materialmente a hermanos ancianos o enfermos resulten enriquecidos por el testimonio de humanidad y de fe que reciben de ellos. Ulrich Bach recuerda el caso de un anciano, gravísimamente impedido, al que era necesario trasladar en camilla a todas partes (llevaba varios decenios sin poder ni siquiera sentarse). En cierta ocasión fue invitado a dar su testimonio en una liturgia juvenil. «Cristo... - empezó-, ésa es la cuestión decisiva en mi vida...». Y, a medida que iba hablando, los ojos de quienes le escuchaban se humedecían y sus corazones se esponjaban. Aquel a quien era necesario ayudar continuamente (para comer, para acostarse, etc.) se convirtió de repente en el que ayudaba a los demás. Pues bien, sólo en una comunidad así, donde todos dan y todos reciben, la donación no es paternalista ni la ayuda humilla.

En el interior de una comunidad cristiana deben desaparecer las divisiones sociales que fuera parecen insuperables: «Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer; todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28). En ella se ha inaugurado lo que Walter Kern llamaba la «escatopraxis»; la praxis del final de los tiempos. Según san Juan Crisóstomo, el Padrenuestro es una oración fraterna que «mata el odio, reprime la soberbia, destierra la envidia, trae la caridad, madre de todos los bienes, elimina la desigualdad de las cosas humanas y nos muestra que el mismo honor merece el emperador que el mendigo».

Pero, naturalmente, la pequeña comunidad no puede convertirse en un hogar cálido aislado de los demás. Nietzsche denunció en el «Zaratustra» hace ya tiempo: «Los lejanos sufren las consecuencias de vuestro amor al prójimo ya que, cuando cinco se aman, un sexto tiene que morir». Por eso, la pequeña comunidad debe estar abierta a círculos más amplios. Ya lo dijo Jesús: «Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a

vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?» (Mt 5,46-47).

El segundo círculo concéntrico abarca a todos los cristianos que pertenecen a comunidades distintas de la nuestra. De hecho, el Nuevo Testamento extiende el nombre de «hermanos» a unas comunidades respecto de otras (2 Jn 13). En la Iglesia, por tanto, no caben los capillismos. Pero ¿no es verdad que con demasiada frecuencia cuando despunta un germen de bien, si ha nacido en nuestro huerto lo valoramos y lo voceamos, mientras que si ha nacido en el huerto vecino lo ignoramos o incluso lo condenamos? ¡Ojalá que cuando decimos «nuestro» aprendamos a levantar la vista más allá del vallado!

El tercer y último círculo concéntrico abraza a la humanidad entera. Debemos ensanchar el ámbito del «nosotros» hasta alcanzar dimensiones auténticamente planetarias. Como dijo el Concilio Vaticano II, «no podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios» (Nostra Aetate, 5 a).

Pero, ¿acaso es posible conseguir eso? Recuerdo que Marc Oraison escribía hace ya bastantes años: «Un negro del África central, con quien no me encontraré jamás, de quien nadie me hablará, cuya foto ni siquiera veré y de quien no sé incluso si existe como persona concreta, no puede ser para mí "otro"».

Pues, en mi opinión, según y cómo. Ciertamente, no podrá ser para mí un «otro» en el sentido de establecer con él relaciones personales y amarle con amor interpersonal, pero puedo amarle mediante lo que Pío XI llamó «amor político» (él decía «caridad política»). Si yo lucho políticamente contra los contratos basura o en favor de un nuevo orden económico internacional - por poner solamente dos ejemplos - estoy manifestando mi amor a millones de personas cuyos nombres ni siquiera conozco.

4

«QUE ESTÁS EN EL CIELO...»

PRONZATO recuerda que, siendo niño, su catequista le explicó así las palabras que comentaremos en este capítulo: «Para que una carta llegue a su destino es necesario poner en el sobre la dirección, que comprende el destinatario ("Padre") y el lugar donde vive ("en el cielo")».

No me parece una explicación demasiado feliz porque el «cielo» de la fe no es un «lugar», como el cielo de los astronautas. Lo que quiere expresar la fórmula «Padre que estás en el cielo» es la trascendencia divina. Quizás hoy podríamos traducirlo así: «Padre nuestro, que estás envuelto en el misterio».

Tenemos psicología de diosecillos

Después de invocar a Dios como Padre, no es superfluo recordar que está en los cielos. La cercanía que sugieren las palabras padre-hijo no debe hacernos olvidar la distancia infinita que hay entre Dios y nosotros.

Ante Dios es inevitable sentirnos pequeños, pobres. La pobreza - antes que nada - es un estado del alma; una especie de experiencia de los límites humanos que nos invita a volvernos hacia Dios en actitud de espera y de confianza, como los 'únáwim del Antiguo Testamento.

En realidad, el ser humano - lo quiera o no- es siempre pobre ante Dios. Pero puede aceptar gozosamente esa dependencia de criatura o bien ocultársela a sí mismo mediante cosas que le proporcionan una seguridad ilusoria; como las riquezas. Recordemos cómo describía La Bruyère, en el siglo XVII, al rico: «Tiene la mirada fija y segura; (...) los andares firmes y solemnes. Habla con desparpajo, hace repetir las cosas a su interlocutor; (...) despliega un gran pañuelo y se suena ruidosamente; (...) se detiene él y se detienen los demás; (...) se cree con talento y con inteligencia. Es rico».

Al pobre, en cambio, lo describía así: «Cree aburrir a los que le oyen; (...) no ocupa sitio; (...) cuando le ruegan que se siente, lo hace apenas en el borde de la silla; habla bajo en la conversación y articula mal; (...) sólo abre la boca para contestar; tose y se suena bajo su sombrero; (...) espera a estar solo para estornudar; (...) nadie le debe ni saludo ni cortesía. Es pobre». Esa situación de pobreza sociológica se convierte

fácilmente en un sacramento de la pobreza ontológica. Por eso, no es casualidad que los 'cináwim fueran materialmente pobres.

Otras muchas cosas, además de la riqueza, pueden ocultarnos lo pequeños que somos ante Dios. La ciencia y la técnica, por ejemplo. Freud decía irónicamente que el hombre moderno, ayudándose de medios técnicos, se ha convertido en un «Dios con prótesis».

El caso es que los hombres modernos, mucho más que los de épocas pasadas, tenemos cierta psicología de dioscecillos y nos vendría bien meditar sobre el oráculo de Ezequiel contra el rey de Tiro:

«Esto dice el Señor: Se hinchó tu corazón
y dijiste: “Soy un dios, estoy sentado en un
trono divino,
en el corazón de los mares”.

Tú que eres un hombre y no un dios,
equiparas tu saber al saber de Dios.

Por eso, así dice el Señor Yahvé:

Porque te has creído sabio como Dios,
los pueblos más bárbaros entre las naciones
desenvainarán la espada contra tu linda
sabiduría

y te hundirán en la fosa.

Tú, que eres hombre y no Dios, ¿te atreverás
a decir “soy Dios”
delante de quienes te apuñalen?»

(Ez 28,1-9).

Dios es la fuerza de nuestra fuerza

Lo decisivo, en la existencia cristiana, es querer abandonarse en las manos de Dios. Como María, que si bien reconoce que «el Poderoso ha hecho obras grandes por mí»,

sabe que no ha sido por sus cualidades excepcionales, sino «porque ha mirado la humillación de su esclava» (Lc 1,48-49).

Pablo tenía «un agujijón en la carne» (2 Co 12,7). Con extrema insistencia - «por tres veces», como Cristo en Getsemaní - pidió al Señor que le librara de él. Pero éste, insensible a su deseo, le dijo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra magnífica en la flaqueza» (2 Co 12,9). Aparentemente, la respuesta de Cristo a la oración del apóstol fue negativa. En realidad fue la mejor respuesta. Pablo pedía al Señor que le librase del agujijón en la carne porque veía en él un obstáculo para su apostolado. Sin embargo, era la condición más favorable. Por eso concluye: «Muy gustosamente, pues, presumiré si acaso de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo» (2 Co 12,9; cf. 1 Co 2,1-5).

Para realizar su plan salvífico Dios ha querido necesitar de nosotros, pero no es nuestra obra, sino la suya. Por eso «llevamos este tesoro en vasos de barro para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no nuestra» (2 Co 4,7).

El inefable cura rural de Bernanos, cuando rememora la conversión súbita de una mujer de mundo como consecuencia de sus torpes palabras, exclama: «Es maravilloso que podamos hacer presente de lo que nosotros ni siquiera poseemos... ¡Oh, dulce milagro de nuestras manos vacías!».

Así es el creyente: un débil a quien Dios robustece, un pusilánime a quien Dios llena de confianza, un inquieto a quien Dios calma, un avaro a quien Dios vuelve generoso, un rencoroso a quien Dios enseña a perdonar.

Sin embargo, nuestra pequeñez ante Dios no debe provocar en nosotros una dependencia infantil respecto de Él. En eso se concentraron las críticas de los humanistas ateos del siglo XIX (Feuerbach, Nietzsche...). Y, observando la conducta de muchos creyentes, no les faltaba razón.

Sin embargo, esa imagen de Dios tiene muy poco que ver con la realidad. El Padre «que está en el cielo» no protege a sus hijos de la misma forma que el que está en la tierra. Dios es un Padre muy peculiar que, nada más crear al hombre, lo declara mayor de edad y le envía a ganarse la vida: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla...» (Gn 1,28).

Eso no quiere decir que nos deje solos. Sería terrible, porque Jesús afirmó tajantemente: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Lo que pasa es que Dios no está al lado de cada uno de nosotros, inter-viniendo en el mundo. Si Dios estuviera a nuestro lado podría hacer Él las cosas y ahorrárnoslas a nosotros (lo cual - ya lo hemos dicho - sería intolerable para cualquier humanista). Dios está dentro de nosotros; nos da un

«empujón interior» porque es la fuerza de nuestra fuerza (Ex 15,2; Is 12,2; 49,5; Sal 118,14).

Recordemos la advertencia de Dios cuando los israelitas llegan a la tierra prometida: «No digas en tu corazón: "Mi propia fuerza y el poder de mi mano me han creado esta prosperidad", sino acuérdate de Yahvé tu Dios, que es el que te da la fuerza para crear la prosperidad» (Dt 8,17-18). O ese himno de la hora intermedia en el que decimos a Dios: «Tu poder multiplica la eficacia del hombre, y crece cada día, entre sus manos, la obra de tus manos».

Los planes de Dios y nuestros planes

La especificación «que estás en el cielo» es también una invitación a no olvidar la distancia infinita que existe entre los planes de Dios y los nuestros:

«Mis pensamientos no son vuestros
pensamientos,
ni vuestros caminos son mis caminos –dice
el Señor–.
Como el cielo está por encima de la tierra,
así aventajan mis caminos a los vuestros
y mis pensamientos a los vuestros»

(Is 55,8-9).

Sin duda, es ante el sufrimiento de los inocentes cuando se hace más necesario - y a la vez más difícil - aceptar que nuestras pobres entendederas humanas no pueden entender a Dios. Me parece que ésa es la principal enseñanza del libro de Job. Aquel hombre, tan duramente probado por el sufrimiento, pronuncia un largo alegato, a lo largo del cual las quejas contra Dios se entrecruzan con las manifestaciones de confianza, y concluye de forma desafiante: «¿Ésta es mi última palabra! Que responda el Todopoderoso; que mi rival escriba su alegato» (31,35). Para sorpresa suya, cuando Dios toma por fin la palabra, lejos de responder a sus interrogantes, le plantea a su vez un montón de preguntas: «¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra? Dímelo, ya que sabes tanto. ¿Quién fijó sus medidas? ¿Sabrías decírmelo? ¿Quién puso sobre ella la cinta de medir? (...) ¿Has mandado alguna vez en tu vida a la mañana o has señalado su momento a la aurora? (...) ¿Has penetrado por los hontanares del mar o paseado por la hondura del océano?, etc., etc.» (capítulos 38- 41). Job comprende en seguida lo que Dios quiere

darle a entender y exclama: «Me siento pequeño, ¿qué voy a responder? Me taparé la boca con mi mano. Hablé una vez, y no lo volveré a hacer. Dos veces, y no añadiré nada» (40,4-5). Sin duda, a Job le quedan todavía muchos interrogantes. Prácticamente todos. Pero ahora comprende que, si decidió fiarse de Dios cuando le comprendía, tiene sentido seguir confiando en Él, con un acto de fe desnuda, incluso en aquellos momentos en que no acaba de entenderle.

5

«SANTIFICADO SEA TU NOMBRE»

A primera vista, esta petición del Padrenuestro resulta un poco extraña. Según la Biblia, el nombre de Dios es santo en sí mismo (cf. Lev 11,44; 19,2; 20,3; 1 Cr 16,10.35; Sal 33,21; 103,1; Am 2,7); santo y - como decimos enfáticamente - «tres veces santo» (Is 6,3). Entonces, ¿qué sentido tiene decir «santificado sea tu nombre»?

En el pasado hemos profanado el nombre de Dios

La «Ley de Santidad» - un código de normas éticas procedente de la tradición sacerdotal que se remonta al final de la monarquía - termina con estas palabras de Dios: «Cumplid mis mandamientos y ponedlos en práctica. (...) No profanaréis mi santo nombre, para que mi santidad sea reconocida entre los israelitas» (Lev 22,31- 32). Es decir, el nombre de Dios será santificado delante de todos en la medida que el pueblo que lleva su nombre - el pueblo de Dios - viva ejemplarmente. En cambio, quedaría profanado si su pueblo viviera de espaldas a los mandamientos divinos.

Por desgracia eso fue precisamente lo que ocurrió. Los israelitas robaron, mataron, explotaron al prójimo, marginaron al débil, y al final, debido a sus constantes pecados, acabaron deportados en Babilonia. Entonces el profeta Ezequiel pone en boca de Dios esta lamentación: «Al pasar por las diversas naciones iban profanando mi nombre, porque decían de ellos: "Son el pueblo del Señor y han tenido que abandonar su tierra"» (Ez 36,20). Es decir, lo mismo que una persona puede manchar el apellido familiar con sus escándalos, el pueblo de Israel - con quien Dios se había desposado- manchó el nombre de Dios con los pecados que le llevaron al exilio.

En tiempos de la cautividad de Babilonia, igualmente el Segundo Isaías les hizo ese reproche: «Por vuestra culpa, el nombre de Dios es ultrajado entre los paganos» (Is 52,5; cf. Rm 2,24).

Debemos reconocer que también los cristianos, en más de una ocasión, en lugar de defender a los seres humanos, los hemos machacado en nombre de Dios. Y lo han hecho los musulmanes, y las sectas destructivas, y todos.

Ya lo dijo Martin Buber: «Dios es la más abrumada de cargas de todas las palabras

humanas. Ninguna ha sido tan envilecida, tan mutilada (...) Las generaciones de los hombres han desgarrado la palabra con sus partidismos religiosos; por ella han matado y han muerto por ella; ella lleva las huellas de los dedos y la sangre de todos (...) Es cierto, los hombres dibujan caricaturas y escriben debajo "Dios"; se asesinan unos a otros y exclaman "en el nombre de Dios"».

Sin duda, también los nazis y los comunistas machacaron a los demás, y lo hace el gran capital, pero es mucho más grave machacar a los demás en nombre de Dios que hacerlo en nombre del capital o de Marx.

Resumiendo lo dicho hasta aquí: El nombre de Dios es santo por naturaleza, pero la humanidad no siempre lo ha reconocido así. Cuando el pueblo de Dios - o sea Israel en la Antigua Alianza y la Iglesia en la Nueva - ofrece un antitestimonio, hace odioso el nombre divino.

Hoy debemos restituirle su luminosidad

En esa situación Dios anuncia la llegada de tiempos mejores: «Haré que sea reconocida la grandeza de mi nombre, que vosotros profanasteis entre las naciones» (Ez 36,23). ¿Cómo lo hará? Purificando a su pueblo: «Os rociaré con agua pura y os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos, observando y guardando mis leyes» (Ez 36,25-27).

Es curiosa la motivación que aduce Dios para regenerar la vida de su pueblo: «No hago esto por vosotros, pueblo de Israel, sino por mi santo nombre, que vosotros habéis profanado en medio de las naciones adonde fuisteis» (Ez 36,22).

También el Salmista atisba a lo lejos ese futuro glorioso en el que todas las naciones glorificarán el nombre de Dios: «Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre» (Sal 86,9).

Por eso, los israelitas oran así: «Socórrenos, Dios, salvador nuestro, por el honor de tu nombre» (Sal 79,9); «ten compasión del pueblo que lleva tu nombre» (Sir 36,11); «no nos abandones para siempre, por el honor de tu nombre» (Dan 3,34). Y por eso también los cristianos, pedimos en el Padrenuestro que llegue pronto ese futuro en el que la humanidad entera alabará el nombre de Dios.

Cuando decimos «santificado sea tu nombre» se trata del «pasivo divino» que los

judíos utilizaban para referirse a Dios sin nombrarlo explícitamente («habéis oído que se dijo: "No matarás..."»), etc.). Estamos pidiendo, en consecuencia, que sea el mismo Dios quien santifique su nombre, tal como prometió a los israelitas.

Pero, como decíamos en el capítulo anterior, para realizar su plan salvífico, Dios ha querido contar con nosotros. Dios no interviene en el mundo en medio de nosotros, porque si fuera así podría ahorrarnos cualquier esfuerzo convirtiéndonos en «hijos de papá», aunque fuéramos «hijos de papá Dios». Dios está dentro de nosotros y nos da un «empujón interior» para que actuemos, porque es la fuerza de nuestra fuerza. Por tanto, también nosotros tenemos que hacer algo para santificar el nombre de Dios.

Nuestra responsabilidad es inmensa: Hemos recibido el nombre de Dios para profanarlo o para santificarlo. Un cristiano, esté donde esté, será siempre un testimonio a favor o en contra de su Dios.

Santificar el nombre de Dios no es tanto cuestión de celebrar liturgias solemnísimas, edificar templos grandiosos o elaborar magníficos discursos teológicos, cuanto de que aparezca vinculado siempre a actitudes solidarias ante los ojos de los demás.

Hemos hecho guerras en nombre de Dios. En su nombre debemos dar pan al hambriento. Si nuestros contemporáneos encontrarán a todos aquellos que se han consagrado a Dios por el bautismo en vanguardia de quienes defienden al débil, santificarán el nombre de Dios.

Quiero resaltar que el nombre que debe ser santificado, exaltado, glorificado, es el de Dios. No el nuestro, ni el de nuestra familia, ni el de nuestra tribu, ni el de la Iglesia o nuestra organización, ni el de nuestros líderes espirituales.

Tenemos obligación de ser felices

Cuando hablaba más arriba de no machacar a la gente en nombre de Dios no debemos pensar solamente en la Inquisición o cosas semejantes, sino también en la vida cotidiana. Ensuciamos el nombre de Dios ante los demás si observan que quienes estamos consagrados a Él por el bautismo nos hacemos infelices unos a otros.

Y, a la inversa, santificamos el nombre de Dios cuando resulta evidente a los ojos de todo el mundo que quienes hemos fundamentado nuestras vidas en Él tenemos equilibrio afectivo, vivimos alegres y nos queremos.

La teología ha insistido largamente en que nuestra vocación es la felicidad. Su plenitud - a la que estamos llamados todos - será la bienaventuranza eterna (¿alguien recuerda todavía que «beato», en latín, significa «feliz», «dichoso»?). Pero, si el Reino de Dios ya ha llegado aunque todavía no en plenitud, quiere decir que ahora ya debemos ser felices; el cristianismo debe ser una escuela de felicidad.

Desgraciadamente, en más de una ocasión hemos sido acusados de taciturnidad. Recordemos el «Zaratustra» de Nietzsche: Los sacerdotes «no conocían otra manera de amar a su Dios que clavando a los hombres en la cruz. Pensaron vivir como cadáveres y vistieron de negro su cadáver; hasta en su discurso percibo todavía el olor malo de las cámaras mortuorias... Mejores cánticos tendrían que cantarme para que aprendiese a creer en su Redentor y más redimidos tendrían que parecerme sus discípulos».

Es inevitable reconocer que a veces hemos vivido más bajo la modalidad del «no», de las prohibiciones, que bajo la modalidad del «sí». Pero, sin duda, en todo esto debe haber un profundo malentendido, porque Cristo sabía disfrutar de la vida. Recordemos el contraste entre el Bautista y Él: «Vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: "Está endemoniado". Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un comilón y un borrachín, amigo de publicanos y pecadores"» (Mt 11,18-19).

Ciertamente, muchas exigencias del cristianismo son costosas, pero cuando renunciamos a algo es por haber encontrado un bien mayor: «El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel» (Mt 13,44).

Según Erich Fromm, el cristianismo debe afrontar una prueba de fuego: «Si las enseñanzas religiosas contribuyen al desarrollo, fuerza, libertad y felicidad de los creyentes, veremos los frutos del amor. Si contribuyen a la reducción de las potencialidades humanas, a la desdicha y falta de productividad, no pueden haber nacido del amor, diga lo que diga el dogma».

6

«VENGA A NOSOTROS TU REINO»

DECIR que el anhelo de la llegada del Reino de Dios ocupa el lugar central del Padrenuestro es poco. Más bien es el único gran deseo de esta oración, puesto que «santificado sea tu nombre» y «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» equivalen a «venga a nosotros tu Reino».

El Reino de Dios debe ser objeto de experiencia

Sin duda, lo más específico del mensaje y de la praxis de Jesús es la proclamación de que el Reinado de Dios es ya actual. En su tiempo todos los judíos creían que Dios establecería su Reino en el futuro. La particularidad de Jesús consistió en decirles: El Reino ya está aquí (Mt 4,17; 12,28).

Puesto que el Reino de Dios ya está entre nosotros debe ser objeto de experiencia. A los judíos les gusta contar la anécdota del rabino a quien anuncian que ha llegado el Reino de Dios. Él abre la ventana, se asoma al exterior y responde: «No es verdad, porque no veo que haya cambiado nada».

El estilo de vida de una comunidad cristiana debe mostrar a los demás que «algo» ha cambiado; que se ha inaugurado la praxis del Reino: fraternidad, espíritu de servicio, intimidad con Dios, etc. También debe mostrarlo lo que hacemos. Jesús explicó que el Reino comienza allí donde los enfermos son curados, los pecadores son perdonados y los pobres descubren su dignidad (Mt 11,5; 10,8). ¿Resulta fácil a nuestros contemporáneos experimentar que el Reino está entre nosotros?

El Reino es objeto de esperanza

Puesto que falta todavía su consumación, el Reino de Dios es igualmente objeto de esperanza. Las semillas del Reino que ya disfrutamos quieren desarrollarse hasta el final: los enfermos curados desean no morir nunca, los pecadores perdonados quieren no volver a pecar jamás. Con otras palabras: La escatología ya se ha realizado y, sin embargo, sigue siendo futura.

A la luz de todo esto, ¿qué es lo que pedimos en el Padrenuestro cuando decimos «venga a nosotros tu Reino»? Sin duda, no es tan sólo un paso más en la realización parcial del Reino de Dios, sino su total realización, el supremo cumplimiento. Parece claro que «venir» no significa «crecer» o «dilatarse».

Jesús nunca explicó con claridad cómo será esa esperada plenitud porque no hay palabras para ello: «Lo que nadie vio, nadie oyó y nadie ha podido nunca imaginar; eso es lo que Dios ha preparado para quienes lo aman» (1 Co 2,9; cf. Is 64,3).

A nosotros nos resulta tan imposible imaginar la plenitud del Reino de Dios como a un feto imaginar su futura vida extrauterina. Cuando Jesús hablaba, sólo acertaba a decir algo del Reino a base de comparaciones y, de hecho, en seguida recordaremos varias de sus parábolas. Pero además debemos fijar nuestra atención en sus gestos, que también expresan lo que es el Reino: una fuerza que nos libera de todas las ataduras y nos devuelve la dignidad de hijos de Dios y hermanos de los demás.

Así, pues, con mayor fervor que nunca, empujados por las últimas catástrofes que hemos vivido - Ruanda, Bosnia, Iraq... - clamamos al Cielo: «Padre, ¡venga tu Reino!»; sólo el Reino tuyo puede acabar con estas calamidades, sólo la llegada de tu Reino puede salvar a la humanidad de sus salvajadas.

¿Es, quizás, una ingenuidad pedir que venga la plenitud del Reino? Cuando en el mundo sucede algo nuevo, decisivo, ha sido siempre gracias a los «soñadores» incorregibles que se obstinan en imaginar una realidad distinta de la que tienen ante los ojos. Si la calidad de nuestro vivir resulta tan decepcionante es porque tenemos miedo a soñar cosas estupendas, cosas grandes, cosas nuevas. Para muchos, por ejemplo, el capitalismo y la flexibilidad laboral constituyen hoy el «pensamiento único». Y así, nos limitamos a dar cuatro pasos en el interior de una agobiante jaula que ahoga nuestras aspiraciones.

En toda la historia de la humanidad nunca ha habido un gran descubrimiento sin que viniera precedido por una gran esperanza. No siempre se descubre lo que se buscaba. Unas veces el descubrimiento es decepcionante, pero otras es tan maravilloso que sorprende al propio descubridor. ¿Qué buscaba Cristóbal Colón? Convencido de que la Tierra era redonda, buscaba por el oeste una ruta hacia la India. Y encontró un Continente hasta entonces desconocido. Así, pues, no olvidemos nunca que cada día pedimos en el Padrenuestro nada menos que la plena realización del Reino de Dios. Eso nos debe proporcionar un corazón inquieto.

Permanecer fieles a la tierra

Christoph Blumhardt (1842-1919) solía observar que en el Padrenuestro no pedimos «llévanos a tu Reino», sino «venga tu Reino». La oración dominical nos exige permanecer fieles a la tierra. Blumhardt fue un teólogo evangélico alemán. Conviene observar que «venga a nosotros tu reino» - la traducción corriente entre los católicos - deriva de un manuscrito griego del siglo V-VI, el Codex Cantabrigiensis, que puede estar influido por Mt 12,28. Nuestros hermanos evangélicos dicen simplemente «venga tu reino» y quizás no les falte razón. La adición «a nosotros» tiene el peligro de difuminar las dimensiones cósmicas del reino de Dios interpretando el «a nosotros» como si quisiera decir «a nuestro interior».

Según los exegetas, en sentido estricto, la petición «venga tu Reino» equivale a «¡trae tu Reino!». Es decir, sólo Dios puede producir esa transformación final y establecer la plenitud de su Reino. La parábola de la semilla que crece por sí sola (Mc 4,26-29) quiere recordarnos que el Reino de Dios es ante todo don de Dios, pero en ella se da por supuesto el trabajo del labrador. Por tanto, no podemos pedir la venida del Reino de Dios y quedarnos con los brazos cruzados, como pone de manifiesto la parábola de los talentos (Mt 25,14-30).

Los hombres medievales esperaban el fin del mundo - y por lo tanto la plenitud del Reino - para el año 1000; pero, en contra de lo que pudiéramos imaginar, esa esperanza no provocó desinterés por el mundo. La historia nos dice que en aquellos años se construyeron las más hermosas catedrales, se fundaron monasterios y se establecieron aquellas «treguas de Dios», que eran mucho más eficaces que la ONU para hacer reinar la paz entre los hombres y para hacer del mundo un lugar al que Dios pudiera descender con toda dignidad.

Quizás ésta sea la explicación de que tarde tanto en llegar la total realización del Reino: No la retrasa la voluntad de Dios, sino nuestro desinterés. Buscar «el Reino de Dios y su justicia» debe ser para todo cristiano, en palabras de Jesús, la prioridad de las prioridades (cf. Mt 6,33).

Dos parábolas ilustran el valor que debemos dar al Reino de Dios: la del tesoro escondido y la de la perla de gran valor (Mt 13,44-46). El tema de un magnífico tesoro, perdido y vuelto a encontrar maravillosamente, no era raro porque en aquel tiempo a menudo se ocultaban los bienes para preservarlos de salteadores o de soldados codiciosos. La parábola de la perla de gran valor es muy semejante. En ambos casos es necesaria una renuncia costosa: El precio del campo o de la perla es tan alto que quienes los encuentran deben desprenderse de todo lo que poseen. No es ya una inversión grande, sino una inversión total; pero se desprenden con gran alegría, porque saben que es un buen negocio.

Esas parábolas vienen a decirnos: «Así es el Reino de Dios: más valioso que todo lo que te pueda parecer valioso; plantéatelo y ofrece un precio por él». Aunque, en realidad, la magnitud de ese precio la iremos descubriendo poco a poco: cuando tengamos que renunciar a una ganancia muy sabrosa porque habría sido injusta; o a una posición que sólo podría conseguirse sacrificando nuestras convicciones, o a un amor incompatible con nuestro estado actual de vida. Cada vez que nos encontremos en una encrucijada semejante debemos preguntarnos: ¿El Reino de Dios es para mí tan valioso como para que yo esté dispuesto a pagar ese precio?

Si en las parábolas del tesoro escondido y de la perla de gran valor los protagonistas se manifestaron dispuestos a dar todo lo que tenían es porque antes habían visto brillar el tesoro y la perla; pudieron percibir cómo resplandecían en la palma de su mano. Pidamos, pues, a Dios que también nosotros experimentemos la belleza de su Reino, que su valor llegue a ser para nosotros tan evidente que seamos capaces de dar por él todo lo que se nos pida; que Dios sea y nos sea sufficientísimo.

Además, ambas parábolas sugieren que el Reino es una oportunidad única: Debemos aprovechar el momento en que cada uno de nosotros se encuentra con él. Como decía Pablo: «Mirad, ahora es el momento favorable (kairós); mirad, ahora es el día de la salvación» (2 Co 6,2). La palabra kairós resultaba familiar a los corintios porque había un dios llamado así, cuya imagen estaba a la entrada del estadio de Olimpia. Era el dios del momento oportuno, de la buena ocasión, que pasa a toda prisa y es necesario agarrar - como dice la expresión popular - «por los pelos». La vida cotidiana está llena de kairoi: aquel piso que era una auténtica ganga y, cuando nos decidimos a comprarlo, ya estaba vendido; aquel año que tuvimos ocasión de cambiar de empresa, pero cuando terminamos de deshojar la margarita ya era tarde... También la vida cristiana tiene sus kairoi: cuando éramos jóvenes pensamos dedicarnos generosamente a los demás, después vinieron las obligaciones familiares y ya no fue posible; aquel defecto de carácter o aquel pecado que podríamos haber vencido al principio, pero ahora se ha convertido en una segunda piel...

El Reino de Dios también tiene un enemigo. Nos lo dice la parábola de la cizaña (Mt 13,24- 30). Después de sembrar cuidadosamente en nuestro interior una buena semilla, descubrimos con zozobra que crecen también malos pensamientos, sentimientos de odio, acciones destructivas... Nos asombra que ocurra tal cosa, y así descubrimos, en carne propia, que hay alguien que odia al Reino. Logró que entre los doce apóstoles uno se hiciera traidor, que Pedro renegara de su Maestro, que todos huyeran y Jesús tuviera que padecer solo su terrible muerte en la cruz. Y sigue trabajando siempre, sembrando su oscura semilla entre las espigas de trigo. Por eso, antes de acabar el Padrenuestro pediremos a Dios que nos libre del Malo.

7

«HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO»

REZAMOS: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» porque es justo que en una familia se cumpla la voluntad del padre; y más cuando estamos seguros - como en este caso- de que esa voluntad coincide con el bien de los hijos.

La voluntad divina es de dos clases

Pero, ¿es que si no lo pedimos no se hará la voluntad de Dios? ¿Acaso no comenzamos el Credo diciendo: «Creo en Dios Padre todopoderoso»? ¿No decimos en el Salmo (115,3): «Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace»? ¿Acaso la queja de Job no era: «Dios decide, ¿quién le hará cambiar? Lo que ha proyectado, lo hace» (Job 23,13)?

Pues sí y no. Los teólogos distinguen dos clases de voluntad divina que - sin demasiada imaginación - han llamado «voluntad antecedente» y «voluntad consiguiente».

La voluntad antecedente de Dios se manifiesta antes que la voluntad humana y solicitando nuestra colaboración. Se expresa en fórmulas bíblicas muy conocidas: Dios «quiere que todos se salven y lleguen a conocer la verdad» (1 Tm 2,4); «ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Ts 4,3); «la voluntad del que me ha enviado - decía Jesús - es que no pierda a ninguno de los que me entregó, sino que los resucite a todos el último día» (Jn 6,39).

Esta voluntad antecedente de Dios no siempre se cumple: Puede frustrarse por la libertad humana. Al crearnos libres limitó voluntariamente su omnipotencia. Pensemos en la anunciación (Lc 1,26-38). Dios deseaba al Hijo eterno encarnado, y confió su deseo a María; pero era necesario que ella también lo deseara. Sólo cuando brotó del diálogo un deseo común el Hijo de Dios «acampó entre nosotros» (Jn 1,14).

Leemos en el Apocalipsis (3,20): «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo». Nuestra puerta sólo se abre desde dentro, y Dios está tan bien educado que nunca forzará la puerta.

Hay también una voluntad consiguiente de Dios, que se manifiesta después de la voluntad humana. En este caso es obvio que Dios tiene la última palabra: La voluntad consiguiente es absoluta y se cumple siempre. No debe extrañarnos que exista esa voluntad consiguiente. Si la última palabra la tuviéramos siempre nosotros, se habrían invertido los papeles y nosotros seríamos Dios. El ejemplo más obvio de voluntad consiguiente es la determinación del momento de la muerte.

Voluntad antecedente

¿A cuál de las dos voluntades divinas se refiere esta petición del Padrenuestro? Ante todo a la primera; es decir, a la que podría no cumplirse. Pedimos que se cumpla la voluntad salvífica universal de Dios: las esperanzas que ha puesto en cada uno de nosotros y el plan de conjunto que coordina todas esas esperanzas.

Como es lógico, para hacer la voluntad divina necesitamos conocerla primero. ¿De qué serviría querer hacer la voluntad de Dios si no sabemos cuál es? Pero, a la vez, ¿de qué serviría conocer lo que quiere, si luego no lo hacemos (Mt 19,16-22; Lc 12,47; St 1,22-25)? El reconocimiento y la práctica de la voluntad divina se condicionan mutuamente.

Así, pues, debemos empezar por averiguar los planes que Dios tiene para nuestro grupo y para cada uno de nosotros, porque solemos enterarnos poco. En España hay algo más de medio millón de sordos, pero hay muchas más personas con «sordera selectiva», que oyen a los seres humanos pero no oyen a Dios. Por eso, en el antiguo rito del bautismo se tocaba con saliva los oídos del neófito recordando aquel sordo a quien Jesús curó metiéndole los dedos en los oídos mientras decía Ephetá (esto es, «ábrete»).

¿Cómo conseguiremos conocer la voluntad de Dios? Los videntes sumerios buscaban el querer de los dioses en el palpitar de las vísceras de un animal sacrificado o en las manchas de aceite sobre el agua, los caldeos auscultaban las estrellas, etc. A veces los israelitas recurrieron a prácticas semejantes (cf. Mi 3,7; 1 Sam 28,3-25; Is 8,19; 47,13...), pero fueron condenadas por Dios. Él manifiesta su voluntad a través de los acontecimientos. Por eso, necesitamos practicar asiduamente el discernimiento - tanto personal como comunitario - y la revisión de vida. Ni lo uno ni lo otro exigen complicadas operaciones intelectuales, sino haber desarrollado un tacto afinado para las cosas divinas: «Renovad vuestra mente para ser capaces de distinguir lo que es voluntad de Dios» (Rm 12,2).

Después de conocer la voluntad de Dios, debemos secundarla. Nos jugamos mucho: «No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino el que

haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7,21). En esto, como en todo, Jesús fue por delante dándonos ejemplo. Llegó a decir: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» (Jn 4,34). Notemos que no dice «mi obligación», sino «mi alimento»: Lejos de ser una exigencia fastidiosa, el descubrimiento y la puesta en práctica de la voluntad de Dios es para Jesús fuente de vida y energía; un alimento.

También dijo Jesús: «No he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38). Normalmente su voluntad coincidía con la del Padre, pero hubo un momento en que ambas se disociaron y entonces oró así: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Jesús tuvo que luchar... consigo mismo, y en la pelea quedó empapado de sudor (Lc 22,44). La carta a los Hebreos (5,8) comenta: «Aun siendo Hijo, aprendió sufriendo lo que es obedecer». Pues bien, también en ese momento tan difícil hacer la voluntad de Dios fue para Jesús un «alimento», es decir, una fuente de vida y energía.

Naturalmente, cuando pedimos que se haga la voluntad de Dios, estamos comprometiéndonos a luchar contra todo lo que en nuestro mundo es contrario a ella: injusticias, violencia, odio, pobreza, etc. El Padrenuestro no es una oración intimista.

Voluntad consiguiente

También podemos aplicar esta petición del Padrenuestro a la voluntad consiguiente de Dios, que, nos guste o no, acabará cumpliéndose (cf. Rm 9,19-21). Santa Teresa escribía en el Camino de Perfección: «Queramos o no, su voluntad se ha de hacer en el cielo y en la tierra; creedme, tomad mi parecer y haced de la necesidad virtud».

Tampoco es fácil descubrir cuál es la voluntad consiguiente de Dios; ya sea lo que quiera decretar o lo que quiera permitir. A veces sólo la evolución de los acontecimientos nos la manifestará. Supongamos que estoy enfermo, ¿cómo sé si la voluntad de Dios es mi curación o bien que llegue la muerte? Ciertamente, no puedo saberlo con seguridad, pero si Cristo curaba a los enfermos y pidió a sus discípulos que hicieran lo mismo (Mt 10,8), debo suponer - mientras no me conste lo contrario - que su voluntad es la curación y, en consecuencia, emplearé los remedios convenientes para ello. Sin embargo, tan pronto como los síntomas me anuncien que no era ésa la voluntad de Dios, debo someterme amorosamente a sus designios.

Evangelizar la oración de súplica

Decir «hágase tu voluntad» no equivale a ponernos en lo peor; más bien al contrario. Decía Tertuliano: «Suplicando "hágase tu voluntad", deseamos un bien a nosotros mismos, pues no puede haber mal alguno en la voluntad de Dios». Ya dijimos que la palabra inicial - «Padre» - clarifica el sentido de todo el Padrenuestro. La voluntad que queremos ver cumplida tanto en la tierra como en el cielo es la voluntad de un Padre todocariñoso.

Lo malo es que creemos saber mejor que Dios lo que nos conviene y casi siempre nues tra oración de súplica es para conseguir que Él haga «mi» voluntad. El Padrenuestro que rezamos cada día debe recordarnos que no se trata de que Dios haga lo que nosotros queremos, sino de que nosotros hagamos lo que Él quiere, no anulando nuestra voluntad, sino haciéndola coincidir con la suya; y por eso le pedimos que no nos escuche si - engañados por el Tentador- le pedimos algo que nos parece bueno pero en realidad es contrario a su voluntad. Norma estupenda sería añadir siempre en nuestra oración de súplica, al menos implícitamente, la cláusula de Jesús en Getsemaní: Pero «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42).

Si el mismísimo Hijo de Dios hecho hombre experimentó en su propia carne lo que a veces costaba hacer la voluntad del Padre, ¡cuánto más nosotros, pobres seres humanos! Por eso, necesitamos unir nuestras voces al salmista para pedir fervientemente: «Enséñame a cumplir tu voluntad» (Sal 143,10).

En el Padrenuestro pedimos, por último, que nuestra conformidad con el divino querer sea «como en el cielo», es decir, no sólo con la mayor exactitud, sino también con la máxima espontaneidad y con la más suprema alegría. Hasta el juicio universal, hasta el fin de los tiempos, la voluntad de Dios no se cumplirá en la tierra igual de bien que en el cielo. Decía Orígenes que, «cuando la voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en el cielo, la tierra no será ya tierra. Entonces todos seremos cielo».

Como vemos, las tres peticiones de la primera parte - «santificado sea tu nombre», «venga a nosotros tu Reino» y «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» - han acabado pidiendo lo mismo con palabras diferentes: Que llegue la plenitud del Reino de Dios.

8

«DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA» (I)

APARENTEMENTE, ésta es la petición más clara de todo el Padrenuestro, pero no es así. En ella aparece una palabra - epióusios - de dudoso significado. No se ha encontrado ningún paralelo en la literatura bíblica o en la literatura profana, lo que impide contrastar y precisar su significado.

Una traducción discutida

El prefijo epi significa «encima», «además», «también». En cuanto a lo que sigue, no sabemos si es el participio presente del verbo eimí (ser) o del verbo eimi («venir»). En el primer caso sería el «pan del día presente» y en el segundo caso el «pan para el futuro».

La segunda posibilidad tiene a su favor que uno de los fragmentos llegados hasta nosotros del evangelio apócrifo según los Hebreos ha conservado el Padrenuestro en arameo, y allí se lee «danos hoy el pan de mañana» (máhcir). Es decir, estaríamos pidiendo que se nos anticipe hoy el «pan» que gustaremos cuando llegue la consumación del Reino. Con otras palabras: Que las fuerzas y los dones del mundo que ha de venir actúen ya en el mundo actual.

Sin embargo, dado que en ese caso la cuarta petición sería prácticamente coincidente con las tres anteriores, vamos a preferir la otra traducción, que además nos resulta más familiar tanto a los católicos como a los protestantes: «Danos hoy nuestro pan de cada día». Dividiremos la reflexión en dos: la de este capítulo sobre el pan que alimenta el cuerpo y la del próximo sobre el pan que alimenta el espíritu.

Asombro y agradecimiento ante lo ordinario

Los israelitas designaban con la palabra hebrea lehem (pan) los alimentos en general. Esto es frecuente en los pueblos mediterráneos: Al ser el pan el producto básico de nuestra alimentación, lo hemos convertido en símbolo de los alimentos necesarios para vivir, y así hablamos de compartir el pan con los familiares y los amigos, tener que ganarnos el pan o bien de estar faltos de trabajo y vernos obligados a mendigar el pan.

En nuestros días suena extraño eso de que Dios nos concede el pan y, por tanto, debemos pedirselo. De modo consciente o inconsciente, pensamos que el pan es fruto única y exclusivamente de nuestro esfuerzo, con lo cual no sólo no hay lugar para pedirselo a Dios, sino tampoco para agradecersele. Un indicio de ello es que hayamos perdido la costumbre de bendecir la mesa antes de comer.

La imagen del mundo existente en las culturas tradicionales era completamente distinta: Desconocían las leyes naturales y veían en todo la voluntad divina. Cuando llovía era porque Dios bendecía los campos y, por tanto, el pan era una realidad sagrada que recibían con veneración religiosa. Cuando caía al suelo un trozo de pan lo recogían respetuosamente y lo besaban. Desde luego, no se les pasaba por la cabeza tirar el pan a la basura; eso sólo ocurre en las sociedades que han perdido el sentido de lo sagrado.

Naturalmente, en aquellas culturas tradicionales sabían que, aunque pidieran a Dios el pan de cada día, debían esforzarse por conseguirlo. El pan - como dice taxativamente el libro del Génesis (3,19) - ha de ganarse «con el sudor de nuestras frentes». Lo que pedimos al Padre, por tanto, es la posibilidad de trabajar; nuestros brazos antes que nuestro pan.

Necesitamos recuperar el agradecimiento frente a esos regalos cotidianos de Dios. Ya Chesterton observaba cómo una vez al año agradecemos a los reyes magos los regalos que encontramos en nuestros zapatos, pero nos olvidamos de dar gracias a Aquel que todos los días nos da un par de pies para meterlos en los zapatos.

San Agustín decía que los milagros de Jesús no pretendían llamar la atención sobre ellos mismos, sino - paradójicamente - hacernos caer en la cuenta de las cosas ordinarias que ocurren todos los días ante nuestros ojos sin darles importancia. Si nos admira, por ejemplo, que Cristo multiplicara unos pocos panes, ¿por qué no admirarnos más todavía de que todos los años Dios haga crecer, a partir de un solo grano de trigo, una espiga cargada de granos? Y añadía: Como las maravillas ordinarias ya no nos llaman la atención, Dios ha querido mostrarnos su poder en actos extraordinarios para que «viendo, no obras mayores, sino nuevas, asombren a quienes no asombran ya las obras de todos los días».

Así, pues, aunque no lo hayamos visto caer del cielo, el pan que tenemos cada día sobre nuestra mesa debería evocar en nosotros el don constante y diario del maná en el desierto: «Yo haré llover sobre vosotros pan del cielo; el pueblo saldrá a recoger cada día la porción diaria» (Ex 16,4). Y debemos recibirlo con el mismo agradecimiento.

Necesidad de limitar nuestros deseos

Notemos que el discípulo de Cristo, como ha renunciado a todo para seguirle, se contenta con pedir el alimento diario, sin extender sus deseos a nada más. Sabe que «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos» (Mt 19,24). Ya el Antiguo Testamento enseñaba: «No me des pobreza ni riqueza, déjame gustar mi bocado de pan» (Prov 30,8). Por eso, la petición del Padrenuestro («danos hoy nuestro pan de cada día») nos invita a revisar críticamente los valores de nuestra sociedad de consumo y limitar libremente nuestras necesidades.

Decía Guardini: «Al oír la petición tal como se expresa inmediatamente, sentimos en ella tal espíritu de modestia, e incluso de menesterosidad, que podríamos llegar a pensar que el único que pronuncia esa petición con buen derecho es realmente el pobre». Así es. Un rico, que tiene pan para toda la vida, no puede hacer esta petición. Al pedir a Dios que nos dé cada día únicamente el pan que necesitamos comer le estamos pidiendo que nos haga pobres. Y hacernos pobres es aprender a contentarnos con Dios. Sin duda, los discípulos oraron de este modo cuando Jesús los envió a predicar de dos en dos, sin permitirles llevar provisión alguna para el camino (cf. Mc 6,7-9; Lc 10,1-4).

Es lógico que Jesús añada «dánosle hoy», porque nos pidió no estar inquietos preguntándonos qué comeremos mañana (Mt 6,25-34). El rabí Eleazar, que vivió cien años después de Jesús, decía: «Quien tiene para comer hoy, y se pregunta: "¿Qué comeré mañana?", es un individuo de fe mezquina».

Un segundo motivo para pedir cada día solamente el pan que necesitamos ese día es que ignoramos lo que nos deparará el futuro y sólo el presente nos pertenece. Según la Carta de Santiago (4,13-15) decimos con demasiada alegría: «Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasaremos allí el año negociando y ganando dinero». Deberíamos añadir: «Si Dios quiere»; «si el Señor quiere y nos da vida, haremos esto y lo otro». Recuerdo que, cuando alguien hacía planes delante de san Ignacio de Loyola a dos semanas vista, le preguntaba: «¿Y tanto pensáis vivir?».

Quien pide a Dios cada día el pan que necesita se está recordando a sí mismo su condición de criatura, que los modernos tendemos a olvidar demasiado fácilmente. En efecto, decir «dánosle hoy» es aceptar que debemos pedirlo otra vez mañana. Es aceptar que debemos pedir que mañana nos siga dando unos brazos para trabajar o unos hermanos que compartan con nosotros el pan. Es admitir y alegrarnos de que toda nuestra vida dependa enteramente de Él. Es confesar que no nos bastamos a nosotros mismos.

Pedimos el pan para compartir

Notemos, además, que lo que pedimos a Dios todos los días es el pan «nuestro»; el de los hermanos. Dios no escucha la oración de quien pide sólo el pan para sí mismo. Con esto no quiero decir que el egoísta o el explotador no vayan a disponer de pan, sino que su pan no se lo ha dado Dios. El pan que procede de la explotación de otros no es un pan que viene de Dios ni está bendecido por Dios. Y esto no debemos entenderlo sólo en clave personal, sino también estructural (es sabido que buena parte de la riqueza del Norte procede del empobrecimiento del Sur).

Al pedir el pan «nuestro» nos recordamos a nosotros mismos que, en lo referente al alimento, nadie tiene derecho a decir «es mío» mientras otros pasan hambre. Y al pedir el pan sólo para hoy nos obligamos a deshacernos cada día del pan que nos sobra. La Iglesia ha proclamado siempre el destino universal de los bienes. Decimos «dánosle» - y no «dámelo»- porque el amor nos exige pensar en las necesidades ajenas y preocuparnos de los intereses del prójimo tanto como de los nuestros. El pan de la cuarta petición es el pan para compartir (cf. 2 Co 8,7-15).

Hoy existen medios técnicos sobrados para que haya «pan», pero nos falta la voluntad de hacerlo «nuestro». Sin embargo, al rezar el Padrenuestro no sólo anunciamos una realidad deseable para el futuro, sino una realidad que es ya viva en el presente. No a nivel macro-social, pero sí a nivel micro-social en las comunidades cristianas donde se vive de verdad el ser discípulos de Jesús.

Esa realidad de pan compartido hace presente el reinado de Dios y, por lo tanto, volvemos a encontrar aquí la unidad profunda del Padrenuestro. Quienes rezan devota y auténticamente «Padre, danos nuestro pan de cada día» están pidiendo: «Venga a nosotros tu Reino».

9

«DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA» (II)

CUANDO dedicamos el capítulo anterior al pan que alimenta el cuerpo anunciamos ya que le seguiría otro sobre el pan que alimenta el espíritu. Era necesario porque Jesús nos exhortó a preocuparnos no solamente del «alimento que perece», sino también del «alimento permanente que da la vida eterna» (Jn 6,27).

Hambre de Dios

Si al pedir «danos hoy nuestro pan de cada día» no incluyéramos en la petición el alimento espiritual seríamos como las gentes alimentadas por Jesús en el desierto a quienes reprochó: «No me buscáis por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros» (Jn 6,26). Cuando Jesús multiplicó los panes quería, obviamente, saciar el hambre de aquellos israelitas; pero aquello era para Él «signo» de algo más - como muestra el discurso del «pan de vida» (Jn 6,26-66) que en el Cuarto Evangelio sigue a la multiplicación de los panes - y ellos no fueron capaces de comprenderlo.

Los españoles de la posguerra creíamos estar insatisfechos porque nos faltaba pan en la despensa. Luego empezamos a tener pan en abundancia y seguimos teniendo hambre. Pensamos entonces que nuestra hambre se saciaría en un «burger». Comimos un montón de hamburguesas y seguimos teniendo hambre. Además, empezó a subirnos el colesterol. Algo parecido nos ocurrió con el coche y con el piso. Pasamos del «600» al «R-11», y después al Alfa Romeo (quienes pasaron, claro), y seguimos insatisfechos. Pasamos de los colchones de borra (cuando no de farfolla) a los colchones «Flex», de las fresqueras a los frigoríficos, del agua en baldes y lebrillos al agua caliente central... y seguimos insatisfechos. No sabíamos - o no queríamos saber - que nuestra hambre, en definitiva, era de Dios.

Pues bien, consideremos los dos principales alimentos que sacian esa hambre de Dios. La tradición ha hablado siempre de dos «mesas» en las que se alimenta su pueblo: la de la Eucaristía y la de la Palabra. Refiriéndose a ellas decía santa Teresa que «si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre».

Afortunadamente hemos empezado a dar importancia a las dos mesas, porque en el pasado daba la sensación de que las Iglesias cristianas nos las habíamos repartido: los

protestantes se quedaron con la mesa de la Palabra y los católicos con la mesa de la Eucaristía. Incluso decíamos antes del Concilio que la misa «valía» (*horribile dictu*) con tal de llegar al ofertorio; es decir, que podíamos prescindir sin problemas de toda la liturgia de la Palabra.

El pan de la Eucaristía

Empecemos por el pan eucarístico. San Francisco de Asís, en su Paráfrasis del Padrenuestro - que, tanto el análisis interno como los testimonios externos permiten incluirla entre los escritos auténticos del Santo-, al llegar a esta cuarta petición dice: «Tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, dónosle hoy».

Siempre me ha gustado mucho esa paráfrasis porque, efectivamente, lo esencial no son las enseñanzas de Cristo, sino Él mismo. Para el Poverello, la petición del pan cotidiano se transformaba en petición de ese «pan de vida» que es el mismo Jesús (Jn 6,35).

El pan eucarístico es para los cristianos una fuente de energía espiritual como fue para los judíos el maná que les sostuvo mientras caminaban por el desierto (Ex 16) o para Elías el pan que le sustentó en su marcha hacia el Horeb (1 Re 19,4-8).

Como mínimo, deberíamos recibir semanalmente el pan eucarístico; pero - igual que el pan de la panadería - el ideal es recibirlo todos los días. De hecho, parece un contrasentido rezar diariamente el Padrenuestro llamando «pan cotidiano» a la eucaristía y comulgar de Pascuas a Ramos. «Si el pan es cotidiano - decía san Ambrosio-, ¿por qué piensas recibirlo de año en año, como hacen los griegos en Oriente? Recibe cada día lo que cada día te beneficia. Vive de tal modo que merezcas recibirlo cotidianamente».

Quienes tenemos facilidad para recibir todos los días la eucaristía, y quizás no la aprovechamos o lo hacemos rutinariamente, deberíamos pensar en los cristianos que desearían ardentemente poder hacerlo. Recordemos unas palabras de la Carta dirigida por Juan Pablo II a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo de 1979, calificadas de «conmovedoras» por Benedicto XVI en *Sacramentum caritatis* (n. 75): «Pensad en los lugares donde esperan con ansia al sacerdote, y donde desde hace años, sintiendo su ausencia, no cesan de desear su presencia. Y sucede alguna vez que se reúnen en un santuario abandonado y ponen sobre el altar la estola aún conservada y recitan todas las oraciones de la liturgia eucarística; y he aquí que en el momento que corresponde a la transustanciación desciende en medio de ellos un profundo silencio, alguna vez interrumpido por el sollozo... ¡con tanto ardor desean escuchar las palabras, que sólo los labios de un sacerdote pueden pronunciar eficazmente!».

La Palabra de Dios

Pan singular y propio de los discípulos de Jesús es también la Palabra de Dios. Lo dijo Moisés (Dt 8,3) y lo repitió Jesús (Mt 4,4): «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Tratándose de la palabra de Dios, lo importante no es «comer» mucho, sino «digerir» bien. Cuando leí las homilias pronunciadas por Karl Barth en la cárcel de Basilea me llamó la atención comprobar que un solo versículo de la Escritura le bastaba casi siempre para construir una interesante meditación.

Incluso ha habido personas que dedicaron su vida entera a hacer realidad una sola frase del Evangelio. El 24 de febrero de 1208 un joven de 26 años llamado Francisco estaba oyendo misa en la capilla de Santa María de los Ángeles y escuchó cómo fue el envío de Jesús a los doce: «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis. No llevéis oro, ni plata, ni dinero en el bolsillo; ni zurrón para el camino, ni dos túnicas...» (Mt 10,7-10). No necesitó oír más: «Esto - dijo - es lo que yo anhelo poner en práctica en lo más íntimo del corazón». Desde entonces toda la vida de Francisco de Asís consistió en hacer realidad esa frase. Otro día en París, Ignacio de Loyola citó una frase del Evangelio a un clérigo de mediocre espiritualidad que ambicionaba un cardenalato en España: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Mt 16,26). Y aquel hombre renunció a sus ambiciones, marchó a evangelizar Extremo Oriente y se convirtió en san Francisco Javier. Así debería ser siempre. La Escritura no contiene «frases hechas», sino «frases por hacer». Eso exige leer la Biblia como discípulos, y no como eruditos curiosos; acostumbrarnos a escucharla en un silencio meditativo.

Aunque hayamos revalorizado mucho la liturgia de la Palabra, todavía estamos lejos de ponerla en paralelo con la liturgia eucarística. Hace muchos siglos escribía Orígenes: «Cuando recibís el cuerpo del Señor, lo conserváis con toda cautela y veneración, para que no caiga la mínima parte de él, para que no se pierda nada del don consagrado. Os consideráis culpables, y con razón, si cae algo por negligencia. Pues si tenemos tanta cautela para conservar su cuerpo, y la tenemos con razón, ¿por qué creéis que despreciar la palabra de Dios es menor sacrilegio que despreciar su cuerpo?».

De la lectura privada de la Biblia, mejor no hablar: Es generalmente un libro arrinconado en las casas de los católicos. Esto es peligroso porque, igual que la falta continuada de ejercicio puede atrofiar un órgano, el desinterés habitual por la palabra de Dios podría hacer que quedáramos para siempre inapetentes. Desarrollémoslo con un poco más de detenimiento:

Anorexia espiritual

Todos sabemos qué es la anorexia. Quienes padecen esa enfermedad no tienen apetito y, por lo tanto, no comen; lo malo es que, cuanto menos comen, menos apetito tienen... y, si no ponen fin a tiempo a ese círculo vicioso, les sobreviene la muerte.

Pues bien, también hay una anorexia espiritual. Para mí, uno de los oráculos más impactantes del profeta Amós ha sido siempre aquel que dice:

«Mirad que llegan días –oráculo del Señor–
en que enviaré el hambre a este país:
no hambre de pan ni sed de agua,
sino de oír la palabra de Dios»

(Am 8,11).

Oportunamente explica la Biblia de Jerusalén: «El profeta no anuncia una conversión, caracterizada por un hambre de oír la palabra de Dios a fin de obedecerla, sino un castigo. Cansado de hablar sin ser escuchado, Dios se calla. Ya no suscita profetas».

Igual que ocurre con el cuerpo, también necesitamos alimentar diariamente el espíritu. Lo dijimos en la Introducción: Un día está equilibrado sólo cuando nuestra dedicación al trabajo - aun tratándose del trabajo apostólico - deja tiempo para el cultivo de la propia persona, para la relación con los demás y para el desarrollo de esa interioridad en la que late la presencia de Dios. No resulta positivo para la vida interior eliminar el ritmo diario debido a la escasez de tiempo y pretender compensarlo con momentos más largos semanales o mensuales. La experiencia dice que eso va atrofiando las facultades espirituales y lleva a una mayor dificultad en los actos.

«PERDÓNANOS COMO NOSOTROS PERDONAMOS»

PARA rezar sin doblez eso de «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden» debemos tener la honradez de no disimular nuestra realidad: «Si decimos: "No tenemos pecado", nos engañamos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn 1,8).

Nuestro pertinaz narcisismo

Por desgracia, lo que solemos hacer es precisamente eso: Disimular nuestra realidad. Varios estudios sociológicos hicieron la prueba de preguntar a los encuestados hasta qué punto la población en general y ellos en particular respetaban ciertas exigencias éticas. Invariablemente resultaba que los encuestados eran bastante más cumplidores que el conjunto de la población. Eso hace sonreír a cualquier sociólogo porque, si la muestra fue diseñada para ser representativa del conjunto de la población, una y otra no pueden arrojar resultados diferentes. Esa contradicción se explica porque alimentamos sentimientos de autocomplacencia y autojustificación, de modo que en seguida vemos el mal que hacen los demás y raramente el que hacemos nosotros.

Como es lógico, quienes se consideran justos - sin pecado y sin necesidad de conversión- tampoco sienten la urgencia del perdón; como los fariseos del Evangelio, contra quienes Jesús dirigió sus palabras más duras.

En un pasaje algo oscuro nos dice Jesús que, cuando venga el Espíritu Santo Consolador, «probará al mundo que hay pecado» (Jn 16,8). ¡Vaya consuelo!, podríamos pensar. Sin embargo sí es un consuelo, porque por fin hay claridad, conocimiento cierto de nuestro ser más íntimo y, como consecuencia, posibilidad de arrepentimiento. Por lo tanto, todos, incluidos los santos, debemos pedir: «Perdónanos nuestras ofensas».

En realidad, el Evangelio de Mateo no emplea la palabra griega «ofensa» (paráptoma), sino «deuda» (opheíléma); y así lo traducíamos hasta hace unos años. El pecado es una deuda; una respuesta insuficiente a todo lo que hemos recibido de Dios. Por eso, aun cuando no tuviéramos conciencia de haber cometido «pecados», deberíamos ser conscientes de nuestro «estado de pecado» y de la «deuda» que tenemos con Dios. Nunca habremos respondido totalmente al amor de Dios ni habremos realizado

plenamente nuestra vocación personal.

En la Biblia vemos a menudo que la reacción de Dios ante el pecado humano suena a desilusión y desengaño: «¿Qué cabía hacer por mi viña que yo no haya hecho? (...) Esperaba de ellos derecho y no hay más que asesinatos, esperaba justicia y sólo hay lamentos» (Is 5,1-7; cf. 1,2; Dt 32,5-6...).

El Evangelio dentro del Evangelio

Pues bien, nosotros - pecadores - pedimos a Dios en el Padrenuestro el don del perdón; y estamos seguros de recibirlo. El Evangelio está lleno de escenas de perdón (cf., por ejemplo, Lc 7,36-50; 19,1-10; 23,39-43; Jn 8,2-11), pero resultan especialmente entrañables las tres «parábolas de la misericordia» del capítulo 15 del Evangelio de Lucas: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo. Si «evangelio» quiere decir «buena noticia», ese capítulo es como el evangelio dentro del evangelio.

Es, sin duda, intencionado que la tercera parábola - la del hijo pródigo o, como prefiere llamarla Joachim Jeremias, la del amor del Padre- no termine con el regreso feliz del hijo pródigo, sino con el epílogo desagradable protagonizado por el hijo mayor. Según parece, el perdón del padre al hijo pecador provocó el alejamiento del otro hijo que nunca se había ido de casa. No debe extrañarnos: Sabemos que Jesús ganó a los pecadores pero perdió a los fariseos, escandalizados de verle comer con aquéllos. Cuidado, pues, con esos sentimientos de autocomplacencia y autojustificación que mencionamos más arriba.

Dios nos perdonará como nosotros perdonemos

En el Padrenuestro no sólo pedimos a Dios que nos perdone, sino que lo haga como nosotros perdonamos.

Naturalmente, ese como no supone un deseo de que Dios imite nuestro ejemplo, como si le dijéramos: «Ya ves que perdoné las deudas, no me las exijas Tú». Cuando en la Biblia aparece el como con ese sentido de imitación, es para que nosotros imitemos a Dios: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48); «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36); «amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 13,34)... Siempre será la conducta de Dios quien sirva de ejemplo para la nuestra; y también cuando se trata de perdonar: «El Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo» (Col 3,13).

En el Padrenuestro la palabra «como» tiene el sentido de condición: Pedimos a Dios que nos perdone a condición de que nosotros perdonemos a los demás. Lo pone de manifiesto el Evangelio de san Mateo al añadir: «Si vosotros perdonáis a los demás sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas» (Mt 6,14-15).

A veces creemos que para obtener el perdón de Dios necesitamos expiar antes nuestros pecados. La condición - como hace notar santa Teresa de Jesús - no es ésta: No decimos «perdónanos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, u porque rezamos mucho y ayunamos, (...) sino sólo porque perdonamos». La cosa es muy sencilla. Si perdonamos, Dios nos perdonará - recordemos la bienaventuranza: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7)-; y si no perdonamos, Dios no nos perdonará. Por tanto, si no perdonamos a los demás podríamos estar firmando nuestra sentencia condenatoria al rezar el Padrenuestro.

Antes de implantarse el euro, los billetes de banco italianos llevaban esta leyenda: «La ley castiga a los fabricantes y distribuidores de billetes falsos» (La legge punisce i fabbricatori e gli spacciatori di biglietti falsi) y, por tanto, los falsificadores se veían obligados a copiar, letra a letra, esa frase que les recordaba el riesgo que corrían. Del mismo modo, para que no podamos alegar desconocimiento, cada vez que rezamos el Padrenuestro pedimos a Dios que nos trate en lo referente a la concesión de su perdón exactamente como nosotros tratemos a nuestros hermanos.

En el siglo IV, Casiano tuvo noticia de algunos cristianos que, a fin de protegerse de la justicia divina, habían decidido saltarse esa frase cuando rezaban el Padrenuestro y califica su postura de «sutileza vana». Ciertamente. Tan vana como si el falsificador de los billetes de banco italianos decidiera dejar en blanco el interior de la greca donde debía figurar la frase comprometedora.

Esto no quiere decir que Dios esperará para perdonarnos a ver si nosotros perdonamos. El perdón de Dios - como su amor - se anticipa siempre al nuestro. Lo que ocurre es que Dios nos concede su perdón provisionalmente; la ratificación definitiva del perdón tendrá lugar en el juicio final sólo si nosotros hemos perdonado a nuestros hermanos. La parábola del siervo endeudado (Mt 18,23-35) lo ilustra perfectamente: el rey, que había perdonado una gran suma a uno de sus empleados, le exige devolver hasta el último céntimo cuando se entera de que ese empleado no fue capaz de perdonar una deuda insignificante a un compañero.

Una exigencia central en el cristianismo

En el primer capítulo de este libro explicamos que en esta oración convergen los elementos esenciales de la enseñanza de Jesús. Por eso llama la atención no sólo que Jesús haya incluido en el Padrenuestro la exigencia de perdonar, sino que sea lo único que nos exige expresamente a nosotros. Todas las demás peticiones que aparecen en la oración dominical tienen como protagonista principal a Dios. Uno no puede dejar de preguntarse: Puestos a elegir una exigencia ética concreta entre las muchas que hay, ¿por qué elegiría Jesús ésta de perdonar? ¿Tan importante será el perdón?

Ciertamente, perdonar es importante incluso para preservar la salud. El resentimiento aumenta la tensión arterial y, cuando se hace crónico, sobreviene la hipertensión crónica que provoca enfermedades del corazón.

El perdón es importante también para una convivencia sana. ¿Qué sería de la humanidad si no aprendiéramos a perdonar? ¡Es lamentable que haya personas estigmatizadas de por vida porque quienes les rodean se niegan a olvidar su pasado! ¡Qué trágico es encontrar a veces pueblos enteros encadenados por un pasado de rencores y odio! En cambio el perdón abre la puerta a un futuro nuevo.

Y, teológicamente, el perdón es un principio ético de primera importancia. Igual que «existe un orden o "jerarquía" en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana» (Unitatis Redintegratio, 11 c), hay también una «jerarquía» de valores éticos. El perdón ocupa los primeros puestos porque brota de la esencia misma de la redención. En efecto, los once primeros capítulos del Génesis muestran el pecado como una división y ruptura crecientes con Dios y con los demás: después de romper Adán y Eva con Dios (Gn 3), rompen entre ellos - «la mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí...» (Gn 3,12)-, a continuación rompen los hermanos - Caín mata a Abel (Gn 4)-, más tarde se quiebra el amor filial - Cam burlándose de la desnudez de Noé (Gn 9,18-27)-, y por fin acaban enfrentándose todos contra todos - en el episodio de la torre de Babel (Gn 11)-. La redención es, por el contrario, una reconciliación con Dios y con los demás (Ef 2,14-22).

«NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN»

EN la petición anterior pedíamos al Padre que perdone nuestras culpas precedentes. Ahora le pedimos que nos ayude a no caer en culpas nuevas. El pecado no sólo debe ser perdonado, sino también erradicado. Sería un abuso intolerable «sentirme tan seguro del perdón que acumule pecado tras pecado» (Sir 5,5).

Fiel al original griego, la traducción latina del Padrenuestro decía: *Ne nos inducas in tentationem* (no nos induzcas a la tentación). La traducción castellana suaviza la frase diciendo: «No nos dejes caer». Esta suavización va más allá de la mera traducción literal y es una interpretación, pero es legítima porque la Carta de Santiago advierte: «Ninguno, al verse tentado diga: "Es Dios quien me está incitando". Por que nadie puede incitar a Dios para que haga el mal y Él no incita a nadie a pecar. Cada uno es incitado a pecar por su propia pasión, que le arrastra y le seduce» (St 1,13-14).

El grito de nuestra flaqueza

Las peticiones del Padrenuestro han ido creciendo en intensidad hasta desembocar en un grito de angustia: ¡No nos dejes caer en la tentación! Esta petición al Padre presupone una amarga experiencia - desconocida por los fariseos de los que hablábamos en la petición anterior - de que la persona humana es débil, está siempre amenazada por la posibilidad de traicionar sus compromisos más sagrados, acabar siendo infiel a Dios y perderse.

Lo sabía san Pablo: «La carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne. Se trata de cosas contrarias entre sí que os impedirán hacer lo que sería vuestro deseo» (Ga 5,17; cf. Rm 7,14-25). Y lo sabía también san Francisco de Asís. Cuando alguien elogiaba su santidad reaccionaba con viveza: «No queráis alabarme como a quien está seguro; todavía puedo tener hijos e hijas».

La petición que estamos comentando es un grito angustiado de nuestra flaqueza, un grito de socorro de quien se sabe débil y pide no serlo hoy, en las horas peligrosas que traerá este pobre día de hoy, para volver a pedir lo mismo mañana.

Esta petición nos pone en guardia contra la presunción, porque la presunción se

paga cara. Recordemos a Pedro: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré». ¡Pobre Pedro! Jesús tuvo que decirle: «Te aseguro que esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces» (Mt 26,33-34).

Es una experiencia común hasta qué punto nuestra fortaleza está sometida a grandes oscilaciones. En Camino de perfección, escribía Teresa de Jesús:

«¿Nunca lo habéis visto por vosotras, hermanas? Pues yo sí: unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad, venido a la prueva, lo estoy; otra vez me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día de antes burlara yo de ello, que casi no me conozco; otras veces me parece tengo mucho ánimo y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro; y provado, es así que le tengo para algunas; otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Ansí, unas veces me parece que de ninguna cosa que me mormurasen ni dijesen de mí, no se me da nada; y provado, algunas veces es así, que antes me da contento. Vienen días que sola una palabra me aflige y querría irme del mundo, porque me parece me cansa en todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mijores que yo, y sé que pasa así».

Utilidad de las tentaciones

Nótese que lo que pedimos a Dios no es carecer de tentaciones, sino vencerlas. Nadie se libra de las tentaciones. El Nuevo Testamento afirma explícitamente que el mismo Jesús fue tentado (cf. Mc 1,13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13); fue «probado en todo igual que nosotros» (Heb 4,15). No debe extrañarnos: Fue verdadero hombre.

Y es que las tentaciones, aunque sean incómodas, son útiles: «Quien no ha sido probado poco sabe» (Sir 34,10). Poco sabe, ante todo, de sí mismo. La ausencia de tentaciones le llevaría a creer que está ya confirmado en gracia, le llevaría, en definitiva, a la soberbia espiritual, propia de los fariseos. Además, no teniendo que luchar, carecería de ocasiones para fortalecer su voluntad. Por eso, Santiago llega a decir: «Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados de pruebas de todo género» (St 1,2). Y, según una tradición antigua, Jesucristo, en la noche de Getsemaní, dijo: «Nadie puede alcanzar el reino de los cielos sin haber pasado antes por la tentación». No pedimos, pues, carecer de tentaciones. Pero sí pedimos saber vencerlas; es decir, no pecar.

De una cosa podemos estar seguros: «No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y podéis confiar en que Dios no permitirá que seáis tentados por

encima de vuestras fuerzas. Antes bien, junto a la tentación, os proporcionará fuerzas suficientes para superarla» (1 Co 10,13).

Pero que las tentaciones no sean superiores a nuestras fuerzas no significa que vayan a ser fáciles de vencer. Por eso es imprescindible «vacunamos»; fortalecer nuestras defensas antes de que llegue la tentación. Oigamos a san Agustín: «La batalla se libraré dentro de nosotros. No temas a ningún enemigo exterior: véncete a ti, y el mundo está vencido. ¿Qué puede hacerte un tentador exterior a ti mismo, sea el diablo o un enviado suyo? Cuando un hombre te propone una ganancia para seducirte, (...) si no halla en ti avaricia, allí quedará la trampa tendida en vano. Te presenta el tentador una bellísima mujer; si existe en el interior la castidad, ya está vencida también la iniquidad exterior».

Nótese que san Agustín menciona a la vez una tentación relacionada con el dinero y otra relacionada con la sexualidad. Como decía Pronzato, «puede darse, solapadamente, una interpretación reductiva de esta petición del Padrenuestro. La que me mueve a pensar que las únicas tentaciones peligrosas son las que se refieren al sexto mandamiento y sus alrededores. Así hay cristianos que montan una guardia escrupulosa, y hasta sospechosa, ante esa puerta. Y dejan que entre en casa, por los otros sitios, Satanás con todo el cortejo aparatoso de sus infinitas sugerencias». Así, pues, ¡cuidado con preocuparnos sólo de «nuestros pecados preferidos»!

En Getsemaní Jesús nos dijo lo que debemos hacer para fortalecer nuestras defensas: «Velad y orad, para no caer en la tentación» (Mc 14,38). Al menos en aquel caso, el valor del consejo resultó palpable: Él veló y oró mientras los suyos dormían y por eso Él no cayó en la tentación y los suyos sí.

Tentaciones que no parecen tales

San Francisco glosa así esta sexta petición: «Y no nos dejes caer en la tentación, oculta o manifiesta, imprevista o insistente». Es decir, que Dios nos proteja de las tentaciones de todo tipo, bien sean difíciles de captar - éstas son las más peligrosas - o fácilmente reconocibles; transitorias o persistentes.

Digo que las tentaciones más peligrosas son las «ocultas», las que sólo con el paso del tiempo descubrimos que eran tentaciones. Hace ya tiempo, en una encuesta realizada a personas ancianas, les preguntaban: «Desde la perspectiva que te dan los años, ¿qué actitudes y qué errores hubieras tratado de evitar hoy?». Las respuestas aterrizaron e iban dolorosamente al grano: «Tengo remordimientos de no haber sido más comprensiva y paciente con mi madre anciana. Hoy la hubiera mimado». «Siempre creí que lo esencial era mi carrera, mis estudios de medicina, y ahora veo que lo más importante era

llegar a ser hombre, cercano a mis semejantes; en esto he fallado». «Me encuentro muy solo y no lo soporto; de ser joven me hubiera preparado para llenar de algo esta soledad y este vacío que me rodean»...

Parece claro que es desde la perspectiva que dan los años y los escarmientos como mejor se perfilan los rasgos de lo que, iniciado a tiempo, podría haber sido una auténtica conversión. Pero entonces es tarde. No se puede empezar otra vez. Por eso le pedimos a Dios que no nos deje caer hoy en la tentación.

Pienso, por último, que, parodiando la estructura de la petición anterior, quizás cabría desarrollar así la que ahora hemos comentado: «No nos dejes caer en la tentación, así como nosotros tampoco queremos tentar a nuestros prójimos. Jesús dijo: «¡Ay de quienes son ocasión de escándalo! Es inevitable que haya escándalos, pero ¡ay de aquellos que sean ocasión de escándalo!» (Mt 18,7). Por eso debemos hacernos conscientes de que cuanto decimos o hacemos ejerce un influjo sobre los demás; es una incitación al bien o al mal. Es una idea para experimentar temor: Algún día tendremos que rendir cuentas del influjo que han tenido sobre otros nuestra vida y nuestras acciones.

«Y LÍBRANOS DEL MAL»

TAMBIÉN en esta última petición discuten los exegetas cuál es la traducción correcta. El original griego dice *apó toú ponéroú*, que está en genitivo, pero en este caso son iguales el genitivo neutro y el genitivo masculino. Por tanto, puede traducirse indistintamente por «líbranos del mal» o «líbranos del Malo» (es decir de Satanás). Desde san Agustín, la Iglesia latina ha preferido comúnmente la primera traducción: «Líbranos del mal» (antes de san Agustín hubo algunas excepciones, como Tertuliano y san Cipriano). En cambio los Padres griegos prefirieron la segunda traducción: «Líbranos del Malo». Nosotros exploraremos ambas posibilidades.

Líbranos del mal

Empecemos por la primera: «Líbranos del mal». ¿A qué mal se refiere esta séptima y última petición? No parece probable que podamos pedir en el Padrenuestro vernos libres de todo mal terreno, teniendo en cuenta que Jesús exigió a sus discípulos la disposición para sufrir pobreza, falta de cobijo, soledad, ataques, calumnias y hasta la cruz.

Además, ¿estamos seguros de saber lo que es malo y lo que es bueno? La experiencia enseña que en la vida natural la oposición da origen al progreso: avanzamos cuando el suelo resiste a la presión de nuestros pasos y en cambio nos hundimos en la nieve blanda; si no pesaran las cargas sobre nuestros hombros, no habríamos inventado la rueda, etc. Los seres humanos, como el acero, nos forjamos a golpes.

En la vida cristiana ocurre algo parecido. Frecuentemente nos fortalece más la adversidad que la plenitud. Recordemos, por ejemplo, aquel «aguijón» que tanto hacía sufrir a san Pablo (2 Co 12,7-10) y del que pidió reiteradamente a Dios verse libre. Ignoramos si se trataba de un pecado o de una enfermedad, pero está claro que Dios no quiso librarle a pesar de sus reiteradas súplicas: «Te basta mi gracia - le contestó-, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad» (2 Co 12,9). Y aquel hombre «débil», en menos de diez años, recorrió varias veces la mitad oriental del imperio romano fundando más comunidades cristianas que cualquier otro apóstol. Con razón pudo decir: «He trabajado más que todos los demás, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios que está conmigo» (1 Co 15,10).

Semejante es el caso de la enfermedad de Íñigo de Loyola. Como es sabido, el

descubrimiento de Cristo y su transformación en san Ignacio de Loyola se debió a los ocho meses de convalecencia que le impuso la grave herida recibida en 1521, durante el asedio de Pamplona por las tropas francesas. Sin aquella enfermedad la Iglesia habría perdido un gran santo y una de las órdenes religiosas más importantes.

Algo parecido podríamos decir de las persecuciones. Leemos en Hch 8,1: «En aquellos días (tras el martirio de Esteban) se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por Judea y Sainaría». Pero, ¿podemos calificar de «mal» aquella persecución? Leamos un poco más adelante: «Al ir de un lugar para otro, los prófugos iban anunciando el mensaje» (Hch 8,4). ¡Cuántas veces, a lo largo de la historia de la Iglesia, lo que parecía un mal ha sido fuente de riquezas insospechadas! Pues bien, en el Padrenuestro le pedimos a Dios que nos libre sólo de lo que de verdad sea un mal, no de lo que nos lo parezca a nosotros. Hay cosas que parecen males y son en realidad bienes, o fuente de bienes.

Otras veces ocurrirá lo contrario: Que lo que a nosotros parece un bien sea en realidad un mal. Dice el Catecismo de san Pío V, elaborado por orden del Concilio de Trento: «Entendemos por "mal" no sólo lo que como tal es tenido por el consentimiento unánime de los hombres, sino también las cosas comúnmente consideradas como buenas (riquezas, salud, honores, fuerzas, la misma vida), si en algún caso determinado hubieran de redundar en daño de los intereses de nuestra alma». ¡Esto es tremendo! Resulta, pues, que al rezar el Padrenuestro estamos pidiendo a Dios que nos libre - por poner únicamente dos ejemplos - de las riquezas o de esa relación personal que nos agrada mucho, pero en realidad nos hace daño.

Notemos, además, que la palabra «mal» está en singular. Quizás porque, en última instancia, sólo hay un mal, que es el pecado. En consecuencia, no pediríamos a Dios que nos haga crecer entre algodones (como hacen hoy muchos padres con sus hijos), sino que nos libre de todo aquello - y sólo de aquello - que sea malo para nuestra vida de seguidores de Jesús.

En cambio el verbo está en plural, como todo el Padrenuestro: «Líbranos del mal». Los discípulos de Jesús sabemos que vivimos en comunidad de riesgos: Nadie ha de orar sólo por él mismo; sino que todos debemos tener en cuenta cuando rezamos los peligros que corren nuestros hermanos.

Líbranos del malo

Vayamos ahora a la otra posible traducción: «Líbranos del Malo». La Biblia llama «el Malo» a Satanás (cf. Ef 6,16; 1 Jn 2,13-14; 3,12; 5,18-19). Ningún ser humano merece

ser llamado «el Malo», porque nosotros, en el peor de los casos, somos malos sólo adjetivamente (malvados). Satanás, en cambio, lo es sustantivamente («el Malo»). Por lo tanto, nunca dejemos por imposible a nadie. En cualquier ser humano, aun en el que parezca más depravado, hay una luz interior, una fuente aún no cegada, de la que puede brotar el amor inefable que lo puede todo y lo transforma todo. Zaqueo, por ejemplo, parecía un avaro y resultó ser un manirroto (cf. Lc 19,1-10).

Si la traducción acertada fuera ésta - líbranos del Malo - querría decir que el Padrenuestro comienza con la palabra más bella y amable - 'Abbá, Padre, el sumo bien - y termina con la más horrenda - el Malo, la suma de todos los males.

Quizás la ambientación más apropiada para comprender el dramatismo de esta petición nos la ofrece ese texto de la Primera Carta de Pedro (5,8) que leemos en Completas: «Sed sobrios, estad alerta, que vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar».

Por desgracia hemos dejado de creer en Satanás, y eso le vuelve más peligroso. Pero, aunque nos parezca anacrónico hablar del Tentador, ¿no tenemos experiencia de sentirnos dominados por una fuerza ajena a nosotros que arruina nuestros mejores propósitos? ¿Cuántas veces nos hemos dicho a nosotros mismos que iban a ser diferentes las relaciones con los nuestros? Y, como si algo nos arrastrara, a la primera de cambio todo volvió a ser igual. Y nos propusimos vivir más pobremente, pero tampoco fuimos capaces. Y trabajar más responsablemente, pero...

La cruda realidad - que no queremos ver - es que no hay una sola propuesta susurrada por el Espíritu Santo en nuestro interior que no vaya seguida inmediatamente por una contrapropuesta del Malo.

Para tomar en serio al Tentador necesitamos desmitificar su figura. En las gárgolas de las antiguas catedrales encontramos a veces representaciones del Maligno tan terribles que ponen los pelos de punta. Una colección caprichosa de dragones, monstruos, miembros deformes, guiños horrorosos... Cae de su peso que si se nos presentara así sería facilísimo huir de él. Para circular libremente suele adoptar caretas más atractivas: una voz y un rostro perfectamente normales que nos hacen propuestas aparentemente muy sensatas, muy razonables, muy ventajosas para nosotros.

«El diablo - escribía Cabodevilla - puede estar en cualquier parte, en los prostíbulos y en los conventos, puede dormir en un catre de mancebía y en el lecho de piedra de un asceta vanidoso. (...) Pelea ocultando sus armas. O si no, como buen experto en el juego de esgrima, amenazando en un sitio para herir en otro. No sólo tienta contra la caridad y contra la castidad, sino que tienta contra la caridad simulando tentar contra la castidad, y

viceversa». Pen saste que te estaba tentando contra la castidad y realmente era contra la humildad, porque cuando te mantuviste casto, te volviste orgulloso. Otra vez creíste que el Malo te tentaba contra la justicia («¿dejarás pasar eso...?»), pero la tentación era contra la caridad, porque dejaste destrozado a un hermano como consecuencia de una corrección que tenía de todo menos de fraterna.

Además, nunca podemos pensar que le hemos vencido definitivamente. Es verdad que a veces se retira el Tentador, pero antes o después acaba volviendo. Si «el cartero siempre llama dos veces», el Tentador lo hace infinitas. Me impresiona cómo termina Lucas el episodio de las tentaciones de Jesús en el desierto: «Acabadas sus tentaciones, el diablo se retiró hasta un tiempo oportuno» (Lc 4,13).

Por eso necesitamos pedir todos los días: «Líbranos del Malo». Pero - una vez más - «a Dios rogando y con el mazo dando». Nosotros tenemos algo que hacer en este asunto. Por ejemplo, rezar: «Hay una clase de demonios que sólo se echa con la oración» (Mc 9,29). Cuando escucháis la contrapropuesta del Malo, poneos a hacer bien la oración y notaréis que vuestro demonio se agita, se asusta y protesta.

13

«AMÉN»

El atrevimiento de decir «Amén» al Padrenuestro

EL «amén» no se encuentra en los manuscritos más antiguos, pero puede admitirse, pues era corriente acabar así las oraciones de los judíos (cf. 1 Re 1,36; Nm 5,22) y de las primeras comunidades cristianas (cf. 1 Co 14,16; Ap 5,14).

El Padrenuestro es - como dijimos al principio - la oración fundamental del cristiano, que resume todo el Evangelio. Por eso, al acabar de rezarla se cierra con un «Amén», «así sea».

Ya en el Antiguo Testamento el «amén» era una fórmula de asentimiento. Moisés encargó a los levitas que, cuando los israelitas cruzaran el Jordán para entrar en la tierra prometida, les recordaran uno por uno los mandamientos de la Ley de Dios y todo el pueblo fuera respondiendo al oírlos: «¡Amén!» (Dt 27,10-26).

También en la liturgia hispánica los fieles respondían con el «amén» a cada una de las peticiones del Padrenuestro. Nosotros lo hacemos de una vez por todas al final. Sin embargo, es posible que, después de haber meditado varios días sobre el Padrenuestro, sintamos cierto miedo a pronunciar ese «amén»; miedo a que Dios nos escuche de verdad.

Las liturgias más antiguas han preludiado siempre el Padrenuestro con un «nos atrevemos a decir». Pero, ¿es verdaderamente un atrevimiento rezar el Padrenuestro?

Es, sin duda, un atrevimiento tratar a Dios como «Padre» (cf. 1 Jn 3,1). Ya dijimos que, propiamente, sólo el Hijo único tiene derecho a hacerlo. Pero además es un atrevimiento rezar el Padrenuestro porque nos compromete a buscar el Reino de Dios antes que cualquier interés personal, a vivir pobremente, a perdonar a nuestros hermanos, etc. El Padrenuestro, más que una oración para rezar, es una oración para vivir.

No olvidemos que Jesús necesitó una noche entera para pronunciar una sola petición del Padrenuestro: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Al principio lo que pedía era verse libre de la cruz, aunque añadía: «Pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (Mt 26,39). Al final de la noche, lo que parecía tan sólo

una cláusula sobreañadida respecto a la petición de fondo («que pase de mí este cáliz»), acabó convirtiéndose en la oración principal: «Hágase tu voluntad» (Mt 26,42).

Cuando rezábamos rutinariamente el Padrenuestro teníamos la sensación de dar órdenes a Dios: «santifica tu nombre», «danos», «perdona», «líbranos»... La meditación que hemos venido realizando en este libro habrá servido para descubrir que Dios nos encomienda tareas bien precisas a cuantos rezamos el Padrenuestro.

«¿Quién sabrá rezar de veras la oración del Señor? - se preguntaba Schürmann-. ¡Indudablemente aquel, y sólo aquel, que haya logrado que los intereses centrales de Jesús se conviertan en los intereses centrales de su propio corazón! (...) Por consiguiente, sólo sabrá rezarlo quien antes haya escuchado la predicación de Jesús, y esté tan subyugado por ella, que la doctrina de Jesús determine desde entonces sus pensamientos y deseos».

Quizás no sería exagerado afirmar que el mundo entero cambiaría si fuéramos capaces de rezar bien el Padrenuestro:

-«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». O sea, que vuelva a nuestro país el dinero que se marchó a uno de esos paraísos fiscales que hay por ahí, que los empresarios dejen de hacer contratos basura y los trabajadores de remolonear, que los terroristas renuncien a defender sus ideales con métodos violentos y el drogata se desenganche de lo que le esclaviza...

-«Danos hoy nuestro pan de cada día». O sea, que no aspiremos a tener más de lo necesario, y que esto lo queramos para todos.

-«Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Y demos un abrazo al que nos hizo daño.

Quizás al acabar nos preguntarían: «Oye, ¿por qué decís "Padre nuestro"? ¿Cómo sabéis que tenemos un Padre en el cielo?». Y responderíamos: «Porque en la tierra vivimos como hermanos».

El Padrenuestro no agota la oración cristiana, pero la ilumina siempre

Naturalmente, la oración cristiana no se reduce al Padrenuestro.

De acuerdo con la forma, solemos distinguir entre oración vocal y oración mental; distinción que, como observó santa Teresa, no depende de tener la boca abierta o cerrada. Llamamos oración vocal a la que hacemos utilizando una fórmula

preestablecida - como el Padrenuestro - y mental a la que hacemos espontáneamente, expresando ideas y sentimientos que brotan en ese momento del corazón. Sería malo, desde luego, que sólo supiéramos rezar empleando fórmulas hechas, aunque sean tan sublimes como el Padrenuestro. En realidad, ni siquiera el Padrenuestro fue pensado por Jesucristo como una fórmula rígida e intocable. Si hubiera sido ésa su intención, los evangelistas no se habrían atrevido a retocarlo, y ya dijimos que las versiones de Mateo y Lucas no son totalmente coincidentes.

Son legítimas, pues, las paráfrasis del Padrenuestro, como ésta de Kristel Stendhal: «Oh Dios, que estás por encima y más allá de nuestro entendimiento, y sin embargo cerca de nosotros como un padre: Haz que llegue pronto el tiempo en que seas reconocido por todos. Esto es, cuando establezcas tu autoridad suprema, buena y justa sobre toda la creación. Sí, que llegue pronto el tiempo en que tu misericordioso plan de salvación sea una realidad en la tierra como lo es ahora en el cielo. Mientras esperamos ese día, permítenos disfrutar ahora ya el sabor anticipado del banquete mesiánico, al compartir el pan que sustenta nuestro cuerpo. Para hacernos dignos de esa comunidad, perdónanos el mal que hayamos hecho a nuestros hermanos y hermanas, así como nosotros ya hemos perdonado a quienes nos han hecho mal; porque sabemos que somos y debemos ser una comunidad que perdona mutuamente, tu comunidad de los últimos tiempos. Y haz que no seamos probados más allá de nuestras fuerzas, pues sabemos que Satanás puede destruirnos, salvo que tú nos rescates de sus feroces garras».

Rezamos de mil maneras porque «de la abundancia del corazón habla la boca» (Lc 6,45), pero, siendo el Padrenuestro la oración que Jesús nos enseñó, debe permanecer como referencia obligada mientras rezamos para evitar que nuestra oración se aleje de su espíritu.

Por lo que a la oración de súplica se refiere, debería bastar el Padrenuestro. Decía san Agustín que «quien dice algo que no quepa dentro de esta oración evangélica, ora carnalmente». Por tanto, rezar todos los días el Padrenuestro debería servir para purificar nuestros deseos.

Ciertamente, Jesús dijo que lo que pidiéramos al Padre en su nombre nos lo concedería (cf. Jn 14,13; 15,16; 16,23-26). Pero la clave de esta promesa está en pedir «en nombre de Jesús». Una súplica que se aparta sensiblemente de la atmósfera espiritual del Padrenuestro no es una oración hecha en nombre de Jesús y, por consiguiente, le faltará la ayuda del Espíritu Santo y la respuesta favorable del Padre eterno.

Por eso, cualquier cosa que pidamos al Padre no contenida en el Padrenuestro debería ir seguida - explícita o implícitamente - de un «pero que no se haga mi voluntad,

sino la tuya», como Jesús en el Huerto de los Olivos (Lc 22,42).

De la oración vocal a la meditación

Otra forma de oración - indispensable en la vida de quienes hemos querido fundamentar nuestra vida en Dios - es la meditación. La practicó María. Por dos veces dice el Evangelio de Lucas (2,19.51) que María «guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón». La practicó, sin duda, Cristo en esas noches que pasaba en oración retirándose a lugares apartados.

Es verdad que san Juan de la Cruz llama a la meditación «ejercicio de principiantes». Según él, lo que corresponde a los aprovechados es la contemplación. Sin embargo, de la contemplación no hablaré porque la inmensa mayoría de los orantes - creo yo - andamos todavía por la meditación, aunque todos hayamos experimentado algunos momentos inefables en los que Dios nos cogía de tal modo que lamentábamos tener que dejar la oración.

La meditación no es una actividad meramente intelectual. «Orar - decía san Agustín - significa, como piensan algunos, rezar con muchas palabras. Una cosa es un largo discurso, otra cosa es un largo amor». Y santa Teresa insistía en la misma idea: «No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho». La meditación va más allá que el estudio de la teología porque no nos contentamos con un conocimiento conceptual sobre Dios, sino que queremos entrar en contacto con Él; deseamos experimentar las realidades profundas de la vida de fe viviéndolas.

Son conocidos los impedimentos clásicos para la meditación que enumeraron los primeros autores espirituales: la pereza, el miedo a lo divino, la resistencia a contemplarnos a nosotros mismos en nuestra miseria radical, la sensación aplastante de estar perdiendo el tiempo, los tumultos y sofismas del mundo... Todo eso sigue afligiéndonos en el siglo XXI lo mismo que a cualquier cristiano de Corinto o de Éfeso que escuchaba las recomendaciones de Pablo. Pero en los tiempos modernos ha surgido una dificultad mucho más profunda; una duda lacerante: ¿Tiene sentido pretender hablar con Dios? ¿Hay alguien que me escuche? Kant dijo que quien ora habla «en sí mismo y consigo mismo»; el hombre en oración «se habla a sí mismo en voz alta».

Semejante objeción sólo se explica si esperábamos oír a Dios expresándose en el lenguaje familiar de los hombres. Michel Olphe-Galliard decía: Dios nos habla en la oración, nos responde, «pero habla en un lenguaje que nos cambia los signos habituales de nuestra lengua humana. Nos habla con la lengua de su país de origen, que es el misterio de su trascendencia. Nadie puede comprender su sentido, si no posee la

gramática. Cierto que ésta se aprende con la experiencia». Se trata, pues, de aprender a orar.

Condiciones para dominar el arte de la oración

La preparación de una persona religiosa a la oración comienza mucho antes de que se ponga a orar. Comienza con su estilo de vida. Nuestra oración es exteriorización de nuestro estado interior, y por lo tanto manifestará el nivel de nuestra situación general frente a Dios, frente a los demás y frente a nosotros mismos. Estando, como está, vinculada a nuestra vida, la oración no puede ser mejor que nosotros mismos.

La oración es un arte y su práctica - como la de cualquier otro arte - exige ciertas condiciones (exactamente las mismas que señalaba Erich Fromm para «el arte de amar»):

En primer lugar, disciplina. Nunca haré nada bien si no lo hago de una manera disciplinada. Es importante levantarme a una hora regular, dedicar un tiempo regular durante el día a actividades tales como meditar, leer, escuchar música, caminar... No comer ni beber demasiado. ¡Qué difícil es orar con el estómago lleno! Las digestiones pesadas no ayudan a las actividades espirituales, aunque no sea más que porque la sangre afluye al aparato digestivo, y el cerebro queda con menos riego.

En segundo lugar, capacidad de concentración. Los maestros de oración suelen hablar de «recogimiento»; como nosotros estamos siguiendo a Erich Fromm mantendremos la palabra «concentración». Que la concentración es necesaria para practicar cualquier arte no debería necesitar demostración. Y, sin embargo, estamos siempre ansiosos por tragar todo: películas, canciones, cotilleos... Esa falta de concentración se manifiesta claramente en la dificultad para estar a solas con nosotros mismos. Casi es imposible que trate de recogerme en el momento de la oración si he dejado que mis sentidos y mi imaginación divaguen durante todo el día.

No deberíamos permitirnos - al menos dentro de ciertos límites - actividades escapistas, como estar demasiado tiempo ante el televisor. Franz-Xaver Kaufmann y Günter Stachel arriesgaron la opinión hace algunos años de que «ver la televisión dos horas diarias es incompatible con el desarrollo y el mantenimiento de una espiritualidad cristiana». Pues bien, en España el consumo de televisión alcanzó en 2008 una marca histórica con 227 minutos diarios de media (¡casi cuatro horas!). Pero lo más importante de todo para lograr concentrarnos es aprender a estar a solas con nosotros mismos sin sentir angustia. Puede ser útil practicar unos pocos ejercicios simples, como, por ejemplo, sentarnos en una posición relajada (ni rígidos ni totalmente flojos); cerrar los

ojos tratando de alejar todas las imágenes y los pensamientos que interfieren; luego intentar seguir la propia respiración. Además de estos ejercicios, es necesario aprender a concentrarnos en todo lo que hagamos: escuchar música, leer un libro, contemplar un paisaje o hablar con una persona. Mucha gente oye a los demás, y hasta les da consejos, sin haberles escuchado de verdad. Estar concentrados significa vivir plenamente el presente, el aquí y ahora, de forma que mientras estamos realizando una tarea no estemos pensando en la siguiente.

Un tercer factor es la constancia. Si aspiramos a obtener resultados rápidos, nunca aprenderemos un arte. Para tener una idea de lo que es la constancia, basta observar cómo un niño aprende a andar. Se cae, vuelve a caer una y otra vez, y sin embargo sigue intentándolo, mejorando, hasta que un día camina sin caerse.

Asombra ver personas que conocen por experiencia la necesidad de un ejercicio intenso para dominar un movimiento, tocar un instrumento o aprender una lengua y en cambio olvidan esa necesidad cuando se trata de la oración.

La cuarta condición - pero no la menos importante - para aprender cualquier arte es un interés supremo por el dominio del mismo. Si no se trata de algo de suprema importancia para el aprendiz, jamás llegará a dominarlo. Al joven poeta que le había enviado sus versos para saber si valían algo, Rainer-Maria Rilke le respondió: «¿Morirías si te prohibieran escribir? Si morirías, continúa; si no, es inútil seguir».

Índice

Introducción	8
1. El Padrenuestro, compendio del Evangelio	13
«Señor, enséñanos a orar»	14
El Padrenuestro, carné de identidad del cristiano	15
El Padrenuestro, oración de oraciones	16
2. Cuando oréis, decid: «Padre...»	17
El regalo de llamar «Padre» a Dios	18
Actuemos como hijos	19
Dios también es madre	20
3. «.estro...»	21
La fraternidad es difícil	22
Tres niveles de fraternidad	23
4. «Que estés en el cielo»	25
Tenemos psicología de diosecillos	26
Dios es la fuerza de nuestra fuerza	27
Los planes de Dios y nuestros planes	29
5. «Santificado sea tu nombre»	30
Hoy debemos restituirle su luminosidad	32
Tenemos obligación de ser felices	33
6. «Venga a nosotros tu Reino»	34
El Reino es objeto de esperanza	35
Permanecer fieles a la tierra	36
7. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»	38
Voluntad antecedente	41
Voluntad consiguiente	42
Evangelizar la oración de súplica	42
8. «Danos hoy nuestro pan de cada día» (1)	43
Asombro y agradecimiento ante lo ordinario	44
Necesidad de limitar nuestros deseos	45

Pedimos el pan para compartir	46
9. «Danos hoy nuestro pan de cada día» (II)	47
El pan de la Eucaristía	48
La Palabra de Dios	50
Anorexia espiritual	50
10. «Perdónanos como nosotros perdonamos»	51
El Evangelio dentro del Evangelio	53
Dios nos perdonará como nosotros perdonemos	53
Una exigencia central en el cristianismo	54
11. «No nos dejes caer en la tentación»	55
El grito de nuestra flaqueza	56
Utilidad de las tentaciones	57
Tentaciones que no parecen tales	58
12. «Y líbranos del mal»	59
Líbranos del mal	60
Líbranos del malo	61
13. «Amén»	63
El Padrenuestro no agota la oración cristiana, pero la ilumina siempre	65
De la oración vocal a la meditación	66
Condiciones para dominar el arte de la oración	68